Scan by NAM

Sp Nº 3

1er NÚMERO DE FEBRERO DE 1942

Signal

El casco de nieve

Foto
PK. Hanns Hubmann

Bélgica 2,50 fr. / Bohemia-Moravia 2,50 Kr. / Bulgaria 8 leva / Croacia 6 kuna / Dinamarca 50 øre / Eslovaquia 2,50 Kr. / España 1,50 ptas. / Finlandia 4,50 mk. / Francia 4 fr. / Grecia 12 dracmas
Hungría 40 Filér / Italia 3 liras / Noruega 50 øre / Países Bajos 20 cents / Portugal 2 escs. / Rumania 16 lei / Servia 5 dinares / Suecia 53 øre / Suiza 45 Rappen / Turquía 12 kurus
Luxemburgo, Baja Estiria, Estelandia 25 Pf.

En toda Europa se conoce

K H A S A N A

En toda Europa se aprecia

K H A S A N A

KHASANA
DULMIN
PERI

y los demás productos KHASANA que deben su alta fama exclusivamente a su calidad siempre constante. La marca es garantía de calidad KHASANA es siempre un éxito

KHASANA

Dr. Korthaus K.G.
FRANKFURT AM MAIN

SOBRE LA PESCA CON CAÑA

Si los peces no tuvieran estómago les iría mal a los pescadores de caña. Pero, porque los peces quieren devorar más de lo que la naturaleza les tiene asignado, ocúltase casi siempre en el cebo digestible un anzuelo indigestible. Contar con la voracidad de los seres vivientes sale casi siempre bien.

Hace cinco meses cruzaba por el Atlántico un vapor con unos pescadores de caña. Si pescaron en realidad, no se sabe todavía, lo que sí se sabe es que querían engañar a alguien para comérselo después. En dirección de Europa pusieron comestibles de toda clase, y el anzuelo dirigido hacia Asia consistía en bencina y chatarra. Para Inglaterra engancharon en el sedal algunos aviones de bombardeo, y hacia Sudamérica hicieron señales con pingües bolsas. Para que el mundo supiera lo que llevaban entre manos, publicaron boletines; el último de ellos hablaba de espesa niebla y de perspectivas desfavorables para la pesca con caña. Sin embargo, el capitán de este vapor — Roosevelt se llamaba, y el vapor "Potomac" —, estaba lleno de esperanzas a pesar de todos los pronósticos.

Los pescados, empero, se comportaron de manera muy distinta. Mientras que los menos inteligentes se dejaron sacar de su elemento y hasta entonaron con sus propios pescadores cánticos en común, como por ejemplo la canción del Soldado Cristiano, se portaron los otros silenciosamente, como corresponde a un verdadero pez. Como decimos, esto ocurrió hace cinco meses.

Los días de fiesta se distinguen de los demás días en que la mesa acostumbra a ponerse con mayor abundancia. Entre los placeres, casi diríamos símbolos, de la fiesta de Navidad, figuran ciertos manjares apetitosos como el ganso, el pavo, las carpas, etc. según la costumbre del país. A fines de noviembre comunicó el Ministro de la Alimentación británico a su mujer, que pensaba obsequiarla con abundantes raciones especiales. El cebo que había tragado en la anterior ocasión empezaba a distribuirlo entre el pueblo. A mediados de diciembre, empero, cambió de parecer. Entre los bocados delicados, su lengua había encontrado un anzuelo peligroso. Con los obsequios de Navidad se volvió muy discreto.

Entretanto los peces que se habían mantenido mudos, es cierto que no habían aprendido todavía a hablar, pero, sin embargo, no por eso habían dejado de dar señales de vida. El charlatán acostumbra a tener por tonto al que no dice nada: ello no obstante, el Japón, a pesar de todo su silencio, no había sido tan tonto que considerara el cebo como alimento saludable. Guerra en el Lejano Oriente — y en Inglaterra cada día hay menos que comer, en Sudamérica empiezan con el control de los precios, y los países neutrales de todo el mundo van a la busca de nuevas fuentes de recursos. Acertadísimo, en verdad, fué el cuadro que esbozó al mundo el presidente de los Estados Unidos al dirigirse a pescar en caña: este deporte suyo es, en el fondo, un juego con motivos económicos, con el afán de encontrar alimentos y la búsqueda de riquezas. Y de la misma manera que en él sigue la lucha a la seducción económica, también del embargo y del bloqueo ha salido una guerra encarnizada. La lucha de las armas tiene siempre sus teatros de operaciones limitados, por grandes que éstos sean; la guerra económica, en cambio, abarca todo el mundo y no puede eliminarse por ninguna ideología ni por ningún régimen, ni por ninguna distancia ni ningún tratado de comercio.

Allá lejos, en Asia, se lucha, y los suizos y los portugueses tendrán que apretarse el cinturón; a los ingleses les faltará el jamón y a los dueños de las plantaciones de café de Guatemala el mercado; el americano tendrá que aprender a ir a pie, y el ganadero sudafricano tendrá que diezmar sus rebaños.

El comercio franco alemán no sufrió mucho durante la guerra de 1870 al 71. Pero estos tiempos hace ya mucho que pasaron. La guerra actual ha irrumpido hasta en la cocina y en el armario ropero, y hasta en el cuarto de baño y en el cajón de cigarros del último ciudadano, y con ello ha tenido éste que buscarse una autoayuda especial.

Los unos trabajan la tierra de sus alfombras de césped para plantar patatas y coles. Los otros crían conejos y convierten sus garages en corrales de gallinas, cacareando cada huevo más alto que la misma gallina que lo puso, y otros, a su vez, aprenden a criar una cabra y, lo que es más difícil todavía, a ordeñarla. Estos son gente entre la que todos los acontecimientos, por trágicos que sean, se convierten en algo provechoso, y, si les da tiempo, llegarán a establecer la economía doméstica autárquia. Pero junto al agricultor impedido, vive el comerciante impedido, y, a juzgar por todas las apariencias, está este último en gran mayoría. Ocupado en tiempo de paz con sus cuentas corrientes, amontona hoy unos barriles de col agria, varios millares de hojas de afeitar, tres quintales de cera para lustrar el piso y cincuenta películas en colores, por una parte, para poder trocar objetos útiles, y por otra parte, porque nunca se sabe lo malos que pueden volverse los tiempos. Muchos de ellos ya se han enterado entretanto de cuán malos pueden ser éstos; han perdido sus existencias y mucho dinero, y viven en espacios que no son cómodos, ni mucho menos, y que, sobre todo, no pueden abandonar por propia iniciativa.

También éstos figuran entre los peces que pican a toda lombriz de tierra, aunque debieran saber que cada lombriz de tierra en el agua, a la que no va por su voluntad, tiene que ser sospechosa y exhortar a la precaución.

Estos tiempos han puesto al hombre en una curiosa desunión. Donde actúa en una comunidad organizada crea más de lo que de él hubiera podido esperarse, y donde se le deja abandonado a sí mismo, con su hambre de cosas buenas y su sed de aguardiente, siente una decidida propensión al sabotaje. De las hojas de la patata hace papel; del carbón, bencina, y de la madera, tejidos para trajes. Con turba, vallas viejas de jardín, y con gas de los pantanos puede propulsar automóviles, y los neumáticos los hace de carburo. El domingo no le duele perderlo, si es que lo emplea recogiendo chatarra, botellas vacías y desperdicios de papel. Pero este ciudadano modelo, cuando vuelve del servicio a la vida privada, sucumbe fácilmente a la tentación de adquirir por unos cuantos cigarros un kilo de mantequilla "clandestina", y sacar bencina de fuentes misteriosas, y otras cosas parecidas para aumentar su ración de carne. De este modo echa a perder por la noche la obra en cuya construcción ha colaborado durante el día.

Lo grande se refleja en lo pequeño. De la misma manera que los cañonazos en el Océano Pacífico pueden dejar sin trabajo al ferroviario turco, también el pequeño fraude del hombre más insignificante puede hacer estremecer el bien cimentado edificio de la vida pública durante la guerra. Al hombre le es dado conocer la conexión que hay entre una cosa y otra, lo mismo la conexión entre la guerra y la abstención, que entre el cebo y la destrucción. Si fuera de otro modo serían de felicitar los que, si bien luchan mal, saben, en cambio, pescar muy bien.

Vox.

COPYRIGHT 1942 BY DEUTSCHER VERLAG BERLIN

Scan by NAM

Aviadores japoneses antes de despegar contra el enemigo

El mundo en guerra

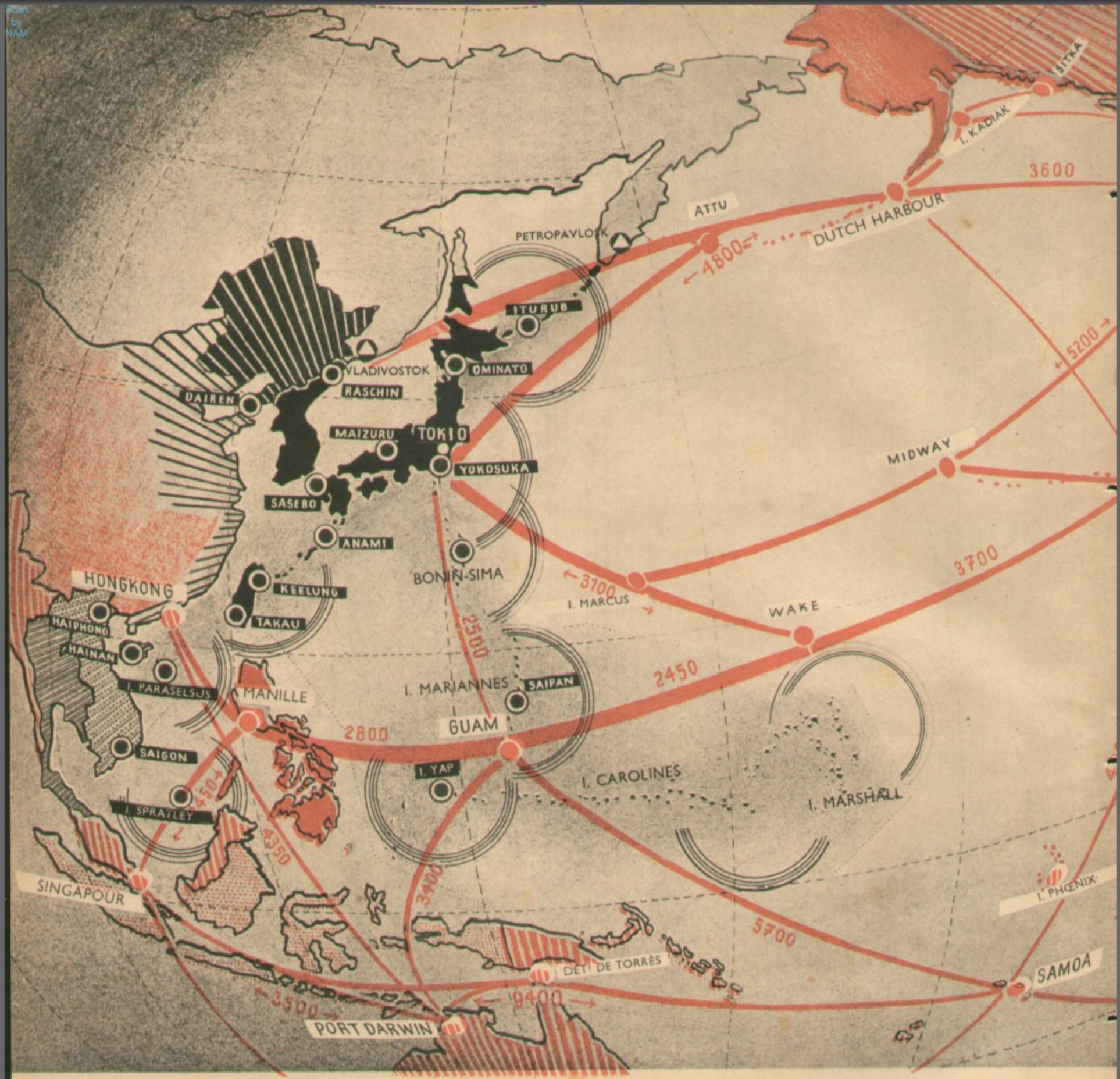
PROBABILIDADES A FAVOR DEL ENEMIGO

La guerra de 1914 a 1918 lleva sin razón el nombre de "Guerra Mundial". Se trató en realidad de una guerra europea con intervenciones extraeuropeas. Las grandes batallas se dieron entonces en Europa y el tratado de Versalles sólo para Europa tuvo resultados caóticos. La paz de 1919 revolucionó exclusivamente a Europa y si bien es verdad que dispuso el camino para otra gran guerra, eso es harina de otro costal. De momento el tratado de Versalles no tuvo repercusión mundial. Esto constituye para todo hombre razonable absoluta evidencia. En realidad vivimos ahora la primera guerra mundial de toda la Historia humana. En todos los puntos esenciales de la Tierra se despliega la Infantería para el ataque, se precipitan los aviones del cielo, atruenan los cañones, se hunden barcos y ruedan carros de combate. En los arrozales chinos, en la jungla malaya, en los bosques de gomeros filipinos y de Insulandia, en Africa, en la zona ártica de Carelia, ante Leningrado, en Crimea, en las costas del Canal, sobre Inglaterra y en los siete mares del mundo se ha desencadenado la guerra. Y todos los combatientes, aunque ellos lo ignoren, están unidos entre sí por la ley misteriosa de la estrategia. De cada individuo en cualquier parte de la Tierra depende otro individuo de otra parte de la Tierra y todos juntos al enfrentarse colaboran en el porvenir del mundo. Verdaderamente, los intereses puestos en juego son enormes.

¿Localizar o extender?

Podríamos denominar magnífico este espectáculo si le consideráramos con la suficiente perspectiva en el tiempo y en el espacio. No siendo así, la humanidad percibe en primer lugar que se encuentra sumergida en un océano de sangre y las naciones se preguntan con razón quién es culpable de que la guerra haya adquirido tales dimensiones. La cuestión de culpabilidad es importante y no solamente desde el punto de vista moral, sino porque aclara también

Scan by NAM



Singapur — Samoa via Melbourne 12.500 km

El Japón debía ser subyugado

Cada nueva base constituía una avanzada, la economía japonesa era estrangulada y se cortaban las fuentes de materias primas. Por último, Roosevelt apareció a las espaldas de las islas japonesas sobre territorio soviético. Una mirada al globo político evidencia los peligros a que estaba expuesto el Imperio japonés, pero muestra también las enormes distancias a través de las que Wáshington tiene que hacer la guerra, y la fragilidad de la posición angloaustralonorteamericana en Insulindia

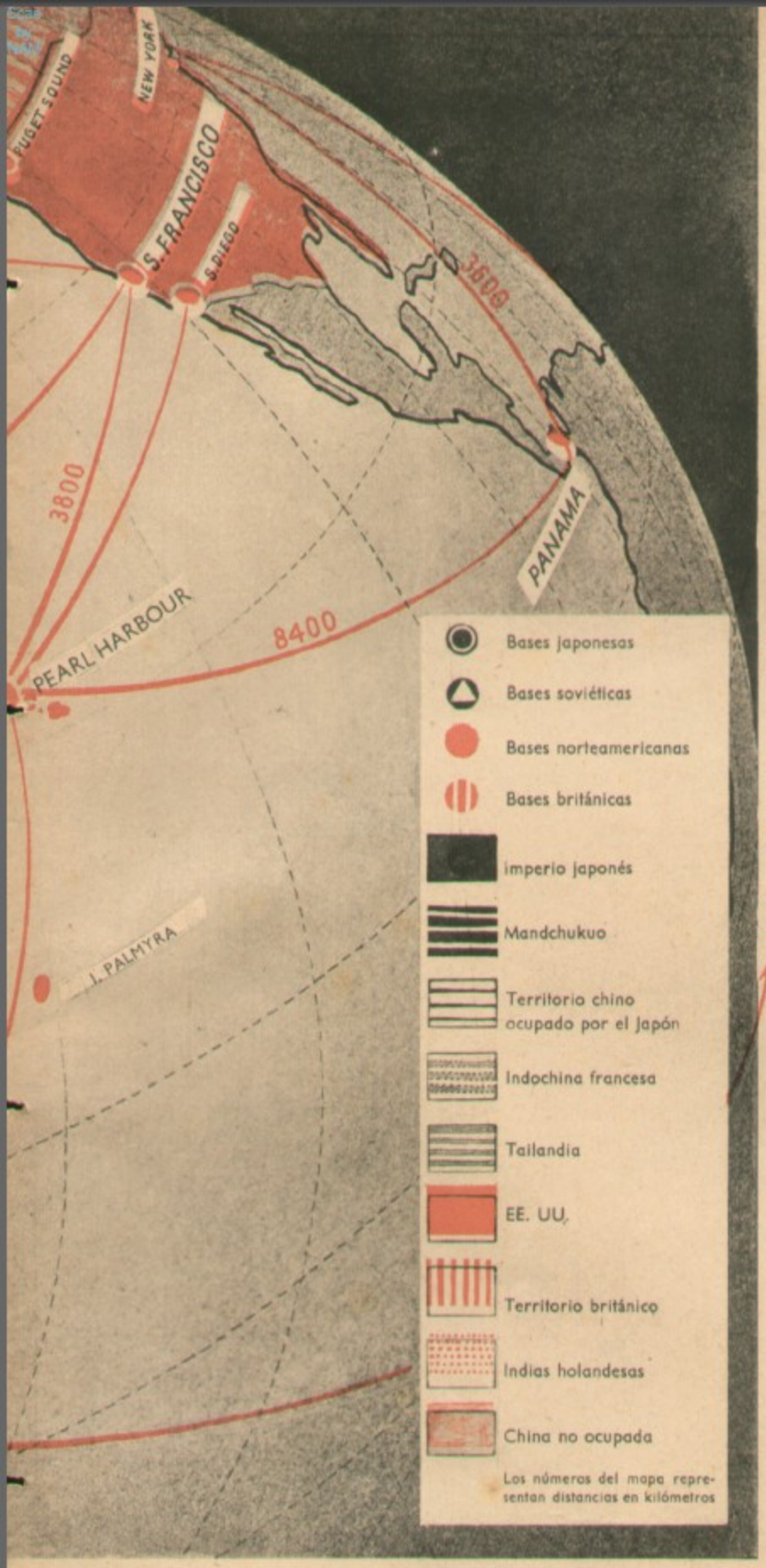
los intereses de las grandes potencias.

Una cosa es indiscutible porque obedece a los más sencillos principios de la lógica: quien tenga interés en extender la guerra será también seguramente el culpable de que la guerra se haya extendido. Y por el contrario quien haya deseado limitar el conflicto es evidente que no podrá ser hecho responsable de esta primera guerra mundial. Quien considere los orígenes de la conflagración desde este punto de vista comprobará lo siguiente: Primero. Alemania quería resolver los problemas de Europa oriental como problemas locales; Inglaterra por medio de tratados de garantía y de alianza hizo de estos problemas un motivo de guerra europeo. Segundo. Inglaterra intentó mucho antes de que la guerra se declarase que la Unión Soviética entrara en acción en último caso como potencia beligerante; Alemania se basaba en la neutralización de la Unión Soviética. Tercero. Inglaterra arrastró desde el primer momento a la lucha a todos sus aliados: Alemania e Italia renunciaron a hacer la guerra en común mientras pareciese posible una solución pacífica sin necesidad de llevar la lucha al Mediterráneo. Cuarto. El bolchevismo quería la guerra mundial, porque de sus perturbaciones esperaba una revolución mundial. Quinto. Alemania quería alejar a los Estados Unidos de la guerra y para ello debía servir principalmente el pacto tripartito; los Estados Unidos intervinieron de hecho en la guerra por medio de la ley de Préstamos y Arrendamientos (ayuda a Inglaterra y a los soviets) y por medio de agresiones en el mar y provocaron en el hemisferio oriental al Japón mediante demandas exageradas.

En cada fase de esta contienda Alemania ha pretendido localizar la guerra, mientras que sus enemigos, por razones políticas y militares han hecho lo posible por extenderla.

De improviso, pero por necesidad

Así nació primeramente un conflicto europeo del litigio polaco, y del conflicto europeo, una guerra de Europa contra el bolchevismo por una parte y, por otra parte, una guerra no declarada "de hemisferio a hemisferio" entre Europa y los Estados Unidos. De nuevo y según el deseo americano de intervenir en Europa con la mayor intensidad posible, surgió la necesidad de aislar durante algún tiempo al Japón, por lo menos hasta que en 1946 estuviese dispuesta la escuadra de los dos océanos. Y aquí precisamente cometió Roosevelt su gran error de cálculo. Confiando en que el Japón quedaría debilidado por las sanciones económicas y que por lo tanto se dejaría estrangular sin mucha resistencia, exigió en las negociaciones que tuvieron lugar



inmediatamente antes de la declaración de guerra que Japón debería abandonar China e Indochina, anular el pacto tripartito, dejar sin efecto su reconocimiento del Gobierno de Nanking, esto es, entregarse de pies y manos. En lugar de suscribir su condena a muerte, Japón prefirió cortar su nudo gordiano. Lo que se había pensado como guerra de nervios — única explicación posible de la somnolencia de Hawai coincidiendo con el envío de un mensaje de amenaza al Mikado —, se convirtió en tétrica realidad. Así nació de la guerra entre hemisferios en forma imperceptible la guerra mundial, inesperada en cuanto al momento pero provocada necesariamente por la política de Roosevelt. Sólo la intervención coetánea de América en Europa y en Asia ha podido vincular estos escenarios a una guerra única. Alemania no deseaba esta guerra indivisible, ni sus intereses abarcaban tan amplia zona, ni su poderío era tan grande como para provocarla.

¿Es el Japón una carga?

¿No son los Estados Unidos más fuertes que el Japón? ¿No poseen (o mejor dicho, no poseían) más buques de guerra que los japoneses? ¿No producían 90 millones de toneladas de acero anualmente, mientras que el Japón sólo producía la décima parte de esta cantidad? ¿No son los Estados Unidos el más fuerte país industrial de la Tierra? ¿No le faltan al Japón petróleo, hierro y algodón? ¿No se ha aliado por lo tanto al lado anglobolchevique un factor mucho más fuerte que al lado alemán?

Quien se plantee la cuestión de esta forma, lo hace con falsedad y se engaña. Es cierto que los Estados Unidos aventajan industrialmente al Japón, pero también lo que puede dudarse es si son superiores en capacidad militar. Y el siguiente razonamiento es decisivo: los Estados Unidos estaban ya completamente al lado del contrario, abastecían con material de guerra al enemigo de Alemania en toda la medida de sus fuerzas, apoyaban militarmente a Inglaterra con patrulleros y ayuda armada, y, en cuando les era posible, la auxiliaban económica y militarmente. Aun cuando Estados Unidos hubieran estado ya en guerra oficialmente con Alemania poco más hubieran podido hacer prácticamente — acaso menos; porque los Estados Unidos gozaban a la vez de las ventajas de la no beligerancia y de las de una beligerancia efectiva. Japón por el contrario se había destacado como principal amigo del Eje, distraía algunas fuerzas, pero no podía prestar ningún apoyo económico, ni evitar, en todo caso, que la corriente de armamentos americanos afluyese hacia el Oeste. Inglaterra y la Unión Soviética no han ganado nada con la entrada de Norteamérica en la guerra que no tuvieran ya antes. Para ellas era esta entrada en la guerra evidentemente la declaración de una situación real. Por el contrario, desde el 7 de diciembre, todo el peso del poderío militar japonés y de su importante capacidad de producción económica se han puesto del lado del Eje. Sin que la alianza ya tanto tiempo existente americanoanglobolchevique hubiera acrecido en algo el potencial de guerra de que ya disponía, se encuentra repentinamente con un nuevo frente, constituído por un gran pueblo extraordinariamente laborioso y valiente.

En adelante Norteamérica deberá limitar considerablemente sus suministros a los antiguos aliados, pues preferirá atender a sus propias necesidades. Además todo hace suponer que el Japón va a disponer de petróleo y hierro en Asia sudoriental bastante más pronto de lo que sus enemigos creían. Si bien el Presidente se supone con más autoridad para forzar la fabricación de armamentos en América, bajo la presión de la guerra, ésta, por otro lado, es causa de graves dificultades: Se necesitan soldados con lo que faltarán obreros, resultan más barcos hundidos y, sobre todo, ha de hacerse sentir la falta de la valiosa importación de materias primas asiáticas.

Revolución en el mar

En un solo sector militar disponían hasta ahora de una gran ventaja ingleses y norteamericanos frente a las potencias del Eje: Había por lo menos 30 acorazados norteamericanos para 9 germanoitalianos. Esta relación de 3 : 1 significa el dominio del mar o, al menos, el de su superficie en la mayor parte del Globo e impedía al Eje toda posibilidad de presentar batalla, ya que para salir victorioso, cada acorazado del Eje, antes de su hundimiento, debería destruir 4 cuatro acorazados enemigos. Con el Japón a nuestro lado y según las informaciones inglesas, la proporción se altera primero a la de 30 : 21 y, después de los mazazos de los primeros días, a la de 25 : 21, esto es 2,5 : 2,1 en lugar de la anterior de 3 : 1. Con ello casi se ha logrado una paridad como nunca existió entre Alemania e Inglaterra durante la guerra anterior. A pesar de ello consiguió Alemania la victoria de Skagerrak con la relación, respecto a las grandes unidades de combate, de 37 buques ingleses por 21 alemanes. Desde los triunfos japoneses en Hawai y Malaya tienen las tres potencias una auténtica posibilidad de presentar batalla. La situación en el mar ha cambiado totalmente. Sin duda el resultado inmediato se dejó sentir en las proximidades del mar de la China. Allí poseen los japoneses desde los primeros días de guerra el predominio marítimo. Han podido y pueden desembarcar tropas a lo largo de la costa asiática, en la Península malaya, en Filipinas, y en las Indias holandesas, donde más les conviene, y abastecerlas con seguridad. En estas zonas a causa de los importantes éxitos iniciales del Japón se han visto obligados ingleses y norteamericanos a adoptar una difícil posición defensiva. Sólo hubieran podido evitar la paulatina pérdida de sus posesiones mediante un combate naval victorioso. Pero ese combate hubiera tenido que darse muy lejos de las bases metropolitanas, en el radio de acción de los submarinos nipones y en una zona oceánica rodeada de bases japonesas. Tal vez esa batalla haya ya tenido lugar cuando se impriman estas líneas, o tal vez, no. Tendría una importancia decisiva como indudablemente la han tenido para el futuro los hechos ya ocurridos en las aguas del Asia oriental y en las del Pacífico.

Mares comunicantes

Los mares están más íntimamente ligados entre sí que las tierras y los escenarios marítimos de guerra se comunican rápidamente unos con otros. Cuando cinco buques de guerra se pierden en un punto determinado, deben acudir de otro, cinco nuevos buques de guerra, pues si no se deja de tomar parte en la pelea. Todo acorazado americano o inglés (con sus escoltas de portaaviones, cruceros, destructores y buques de acompañamiento) que se envíe en sustitución de otros contra el Japón deberá ser tomado del Mediterráneo o del Atlántico. Tapar aquí un hueco significa abrirlo más allá. O se alteran las condiciones de lucha en el Mediterráneo y, por tanto, en Africa, o se hará más peligroso el ataque alemán en el Atlántico, donde, de todas formas, Alemania con la más fuerte flota submarina del mundo sigue manteniendo la supremacía.

Que, dada la nueva situación, ya no constituye la travesía a Vladivostok un viaje de placer, es cosa que salta a la vista. La China de Chungking deberá esperar dificultades de transporte. Su sola comunicación con el mundo exterior era la carretera de Birmania. Si queda interrumpida desde Tailandia, ello supondría que Chungking sólo contaría consigo mismo, es decir, con un potencial bélico mínimo, pues hasta hoy se ha mantenido su resistencia con importaciones provenientes del extranjero. Además es claro que el problema del tonelaje comercial ha entrado en una nueva fase. La flota americana sentirá la necesidad de numerosos buques auxiliares (transportes de tropas, buques hospitales, cruceros auxiliares, buques de aprovisionamiento, guardacostas) que deberá tomar de la flota mercante y de la dispuesta por la ley de Préstamos y Arrendamientos. Y esta necesidad ha de ser mayor que la prevista originalmente, pues las primeras grandes pérdidas en buques de guerra habrán de ser reemplazadas forzosamente por buques mercantes.

¿Para quién trabaja el tiempo?

En vista de la revolución acaecida en el mar, no es de extrañar que muchos ingleses y norteamericanos hayan adoptado una posición defensiva. Dado el enorme riesgo que supone una batalla naval, se preguntan si no sería preferible mantener una especie de re-

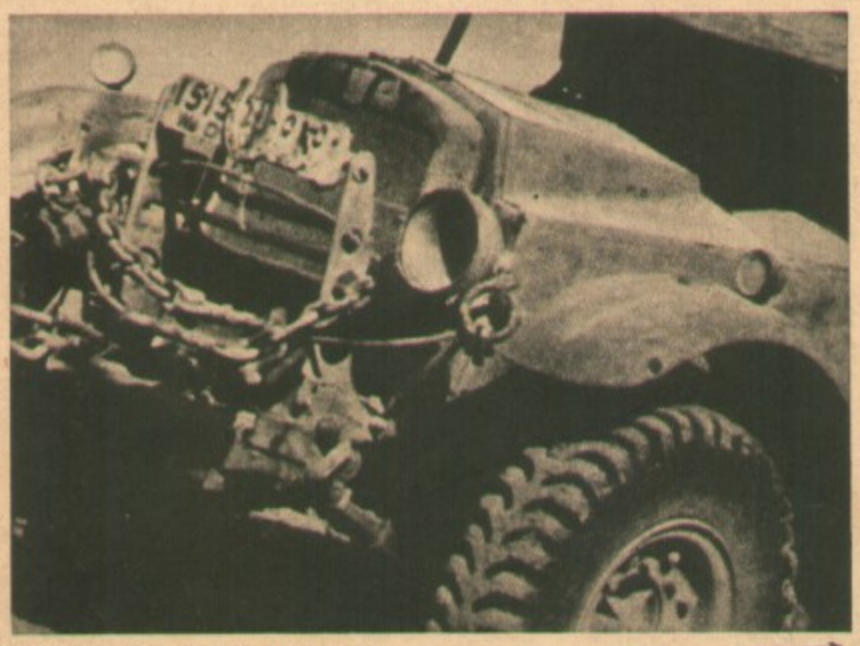
Continúa en la página 18

D.C.A. ANTITANQUE. La D.C.A. se destina a tiro terrestre y las granadas de 2 cms. dan una calurosa bienvenida a los carros ingleses

El desierto en llamas

Alemanes e italianos rechazan una ofensiva inglesa de Carros de Combate en masa

Fotos P.K. Zwilling



"BETTY" CON SU AMULETO. Ser ligeramente supersticioso no constituye grave ofensa, pero a este tractor de artillería inglés, cariñosamente llamado "Betty", no le ha traído buena suerte la herradura que cuelga de su radiador

EN EL HORIZONTE ARDEN LOS CARROS DE COMBATE INGLESES. Víctimas de los cañones antiaéreos que disparan desde sus plataformas, detrás de los tractores

JEROGLIFICOS DE LA BATALLA DEL DESIERTO. Los surcos de las cadenas de oruga y los perfiles de las cubiertas escriben la historia del desenvolvimiento violento del combate, hasta que el viento la borre

EL TRISTE FINAL. Soldados del Imperio británico terminan su asalto en masa tras estas alambradas

Scan
by
NAM

¿Solidaridad?

Aun no habían entrado Alemania e Italia en la guerra contra los Estados Unidos, al lado del Japón, cuando se elevaron ya en el extranjero neutral y enemigo voces de que el Reich había roto la solidaridad de Europa, de que había vendido Occidente al "Extremo Oriente". Es de esperar que este reproche se convierta en un importante medio de propaganda de los adversarios occidentales de las potencias totalitarias de Europa.

Ya sólo por eso merece la pena de llegar al fondo de la hipocresía de esta tesis, pues su contenido real equivale a cero.

En verdad, nunca ha existido esta solidaridad. Si en el pasado pudo hablarse de ella alguna vez, hay que anotarlo en la cuenta de Alemania. El Reich, del mismo modo que Francia y la Gran Brentaña, hubiera podido antes de la gran guerra, reclutar en sus colonias africanas

tropas negras

para emplearlas en los frentes europeos en caso de una guerra. La idea hubiera sido tanto más natural por cuanto Francia, ya en la guerra de 1870/71, enfrentó zuavos y turcos con las tropas alemanas. También hubiera podido el Reich aprender una lección del hecho de que los ingleses enviasen tropas indias, durante la guerra boer, contra el pequeño pueblo blanco de labradores que tan heroicamente luchaba. Durante la sublevación de los bóxers en China fueron bastante buenos los alemanes para enajenarse las simpatías de Asia oriental en favor de la solidaridad de Europa, nunca tomada en serio por los otros. "Germans to the front!", se dijo entonces y los germanos fueron al frente. Mientras el Emperador alemán, con todo el romanticismo idealista y apolítico del alemán medio de entonces, exhortaba a los "pueblos de Europa" a "defender sus bienes más sagrados"; mientras Alemania hacía a sabiendas caso omiso de la mano amistosa que ya entonces le fué voluntaria y honradamente tendida por el Japón, Inglaterra concertaba con este país una alianza.

Alemania tampoco ha pensado jamás en utilizar sus colonias como depósitos de reclutas. Ningún soldado negro alemán ha estado nunca en lucha, sobre suelo europeo, contra soldados blancos de otras naciones. Y si las cosas se hubieran desarrollado conforme al deseo y a la voluntad del Gobierno alemán, tampoco en Africa hubiese ocurrido nunca. Las tropas coloniales alemanas estaban destinadas a ser simples fuerzas de policía, como se deduce ya del deficientísimo equipo con que en 1914 entraron en la guerra. Si en Africa se llegó a la guerra, es exclusivamente imputable a la flagrante

violación del acta del Congo

perpetrada durante la guerra mundial por los enemigos de Alemania. Una de las tareas expuestas en el acta del Congo — por lo demás, una creación de Bismarck, en lo esencial —, era precisamente mantener a las colonias centroafricanas al margen de posibles guerras europeas, para evitar que los negros fuesen llevados al combate contra los blancos y demostrar así visiblemente a aquellos la solidaridad de la raza blanca nunca existente en la práctica. Nosotros creíamos entonces en esta solidaridad. El Secretario de Estado de Colonias telegrafió el 2 de agosto de 1914 a todas las posesiones, desde Berlín: "¡Colonias fuera de peligro, tranquilizad a los colonos!". Pero ya el día anterior habían penetrado buques de guerra ingleses en las aguas jurisdiccionales del Africa oriental alemana. Ya el 30 de julio estaba movilizado el ejército colonial francés. Y mientras los alemanes se mecían en la seguridad de que sería respetada la solidaridad occidental estatuída en el acta del Congo también para caso de guerra, los buques de guerra ingleses aparecieron súbitamente ante Dar es Salam, el 7 de agosto de 1914, y cañonearon la estación alemana de radio. El día anterior, los ingleses cayeron ya sobre la colonia de Togo, casi por completo indefensa. Había sido rechazada la propuesta de neutralidad hecha por el gobernador alemán de Togo, de acuerdo con el acta del Congo y la solidaridad europea, de no llevar la guerra al mundo negro. Sólo el 15 de agosto lograron los alemanes reponerse de su sorpresa y atacaron por primera vez. Todavía el 23 de agosto presentaron por mediación de los Estados Unidos una propuesta de neutralizar las colonias. ¡En vano! La guerra, que debía sepultar definitivamente el prestigio de la raza blanca como una unidad en Africa, envolvió en su torbellino también a este continente. Lo que entonces ocurrió difería mucho de lo que los adversarios de Alemania habían imaginado. En el Africa oriental alemana, soldados negros mandados por Lettow-Vorbeck se mantuvieron invictos bajo dirección blanca hasta el final de la guerra. ¡Y si el prestigio de los ingleses en Africa sufrió por ello un grave quebranto, no puede imputarse con verdad a los la alemanes! 750.000 muertos, precisamente una décima parte de la población indígena, costó la guerra mundial sólo en Africa oriental alemana. Corresponde la responsabilidad a Inglaterra, que, en pugna con todos los esfuerzos alemanes, traicionó la solidaridad de los pueblos occidentales. Que no se nos venga a los alemanes con la hipócrita consigna de la solidaridad del Occidente; ahora hemos vinculado íntimamente en nuestro destino a uno de los más antiguos pueblos civilizados de la Tierra, con el cual nos une la identidad de objetivos. ¿Cómo pueden los anglosajones, que están dispuestos a entregar Europa a los horrores bolchevismo, atreverse después de esta inaudita traición de hecho a la cultura de Occidente, a invocar la solidaridad en nombre de esta cultura? Países que como Inglaterra y América se alían al bolchevismo pierden con ello todo derecho a invocar la solidaridad del espíritu occidental. El frente que hoy separa el mundo en dos grandes campos no tiene nada que ver con el color de piel; separa más bien a los defensores del antiguo círculo cultural europeo y asiático oriental de la incultura sangrienta y de la traición a la cultura.

¿Dónde estaba la solidaridad europea cuando al principio de la guerra mundial funcionarios y plantadores alemanes fueron conducidos con sus familias al cautiverio, por policía negra, en las más degradantes condiciones? ¿Dónde estaba la solidaridad occidental cuando los alemanes de China (después de que este país, bajo la presión inglesa, se incorporó definitivamente en 1917 al frente contra el Reich) fueron amontonados en buques y transportados como ganado? Entonces se regocijaron los ingleses cuando cayeron las barreras del territorio de la concesión alemana en suelo chino. De hecho, esto sólo era el primer acto de un proceso cuya última fase presenciamos hoy: Japón liquida sin demora las últimas posiciones del predominio occidental en suelo chino. Cuando Alemania, en el pacto tripartito, reconoció la hegemonía del Japón en Asia oriental y dedujo las consecuencias de este pacto, no traicionó la solidaridad de la raza occidental, sino que únicamente consumó con ello un proceso que precisamente ha sido provocado aquí por la insolidaria actitud de los ingleses durante la gran guerra. Ellos mismos cortaron la rama que les sustentaba. No sólo en Asia oriental, sino también — por ejemplo —, en la India.

Al iniciarse la primera guerra mundial: los ingleses prometieron a los indios libertad e igualdad de derechos sólo con que se declarasen dispuestos a emplear sus hombres y su fuerza económica para apoyar a la Gran Bretaña. La promesa no fué mantenida después de la guerra. En cambio, los indios han aprendido que

la solidaridad occidental sólo es una ficción

nada más que un hermoso sueño que se esfumó en vapor azul ante el primer soplo de la cruda realidad. Los ingleses no dedicaron ni un pensamiento a la solidaridad occidental cuando lanzaban a los sikhs y gurkas, con el cuchillo desnudo entre los dientes, contra soldados alemanes que no hacían más que defender a su patria en el centro de Europa. Los ingleses traicionaban la solidaridad occidental tanto como los derechos naturales de antiquísimos pueblos civilizados, tal como los indios, para no hablar de promesas quebrantadas. Hoy pagan en todas partes las consecuencias de esta política de traición. La India no volverá nunca, dócil al Imperio como durante la gran guerra, a caer en la trampa inglesa. Más de un indio espera hoy a los japoneses como liberadores de su nación.

Precisamente la Alemania nacionalsocialista ha hecho un principio del respeto a la idiosincrasia y al derecho de autodeterminación de otras personalidades étnicas y raciales; no cree en imperialismos, sino en orden orgánicamente desarrollado. Precisamente el sentido de esta segunda guerra mundial consiste en eliminar tanto del ámbito occidental como del Oriente asiático influencias extrañas que abusan de los pueblos de estas zonas para fines que no coinciden de ninguna manera con los suyos peculiares.

Así, utilizó Inglaterra la mal afamada "balance of power" europa (la permanente debilitación recíproca de todas las potencias europeas) para poder disfrutar sin trabas de su predominio en la India, Asia oriental o donde fuera. Y América aspira a la hegemonía económica — protegida políticamente —, en Asia, Sudamérica y toda la zona del Pacífico, e incluso pone en Africa sus ojos codiciosos, porque el rezagado capitalismo americano ya no es capaz, según lo ha probado el completo fracaso del New Deal de Roosevelt, de resolver sus dificultades económicas, sociales y políticas internas y por ello dirige hacia el exterior las tensiones que se acumulan. Este es el verdadero motivo de la desatentada carrera de Roosevelt tras la guerra, en la cual se ve lanzado ahora, aunque en forma enteramente distinta de la que él había pensado. En vista de estos hechos, ¿cómo se atreven los angloamericanos a hablar de solidaridad traicionada? Considerado así, ¿no lucha el Japón por una bien entendida solidaridad asiática, como Alemania por una europea, mientras Inglaterra y América tratan de impedirla por todos los medios? ¿Significan reordenación europea y reordenación de Asia oriental algo diferente de la ejecución final de una solidaridad europea y de una solidaridad asiático oriental? Luchamos unidos al Japón para que todos los grandes espacios de la tierra puedan ser felices conforme a su propia concepción: el europeo, de acuerdo con la suya, como el de Asia oriental, el americano, el indio y el del Asia anterior. Para el Imperio inglés, este mosaico de jirones de tierra esparcidos por todo el mundo, no hay ya lugar en este nuevo edificio, porque vivía de quebrantar la solidaridad natural de los distintos grandes espacios. Y los americanos se han unido a él porque no se pueden decidir a limitarse realmente al inmenso y rico continente que les ha correspondido ni a obtener de él el mejor provecho, cosa que con una densidad media de población de 15 habitantes por kilómetro cuadrado, les debía haber sido mucho más fácil que a los alemanes y japoneses, que viven diez veces más apiñados.

Inglaterra ha procedido con respecto al Próximo Oriente del mismo modo que en la India. ¿Dónde estaba la solidaridad occidental cuando un Lawrence movilizó las tribus de Arabia contra Europa central? ¿Y dónde estaban las promesas británicas cuando los árabes, después de la guerra, esperaban su cumplimiento? También aquí

traición hacia ambas partes

Y aunque hoy todavía haya en el Cercano Oriente un par de sujetos sobornados, dispuestos a hacer política

Continúa en la página 34

Scan
by
NAM

Por el porvenir de Europa

La legión francesa de voluntarios en lucha contra el bolchevismo

El toque de la lucha por la libertad

Los "claros clarines" resuenan en la vasta plaza en que han formado los legionarios franceses para hacer la instrucción

"¡Honor y fidelidad!"

Así reza la inscripción en las tricolores que acompañan en su marcha a los paladines franceses de una Nueva Europa. El retrato del jefe del Estado, Pétain, pasa de mano en mano

En marcha hacia el combate

Por una carretera del Este caminan los soldados de la legión francesa hacia el campo de batalla para demostrar su sincera adhesión a Europa

Fotos PK. Artur Grimm

Los soldados de la Legión francesa

Luchan en defensa del Continente con uniforme y armas alemanes y han jurado fidelidad al jefe supremo de las Fuerzas Armadas del Reich. En la manga izquierda de la guerrera llevan los colores y el nombre de su país

Scan by NAM

Un matrimonio obrero. Los dos trabajaban en una fábrica de Charkov, que se había apropiado de la licencia de una famosa máquina fotográfica alemana. La mujer cuenta: "Hemos esperado a los alemanes. Los dinamiteros habían adoptado sus preparativos los últimos días antes de la toma. Dicen que la fábrica está minada por todos lados; no vaya allí. Hemos pasado las noches en vela con palos y hachas para no dejar entrar a estos forajidos en las casas. Haga el favor de entrar y calentarse . . . Antes éramos campesinos, pero se nos ha despojado de todo. Por el hambre se nos ha hecho deponer la resistencia. Debíamos convertirnos en obreros por bajo salario en la ciudad, y esto hemos sido"

La gente de Charkov

Por el corresponsal de guerra PK. Conrad Weidenbaum

El ingeniero de una fábrica de cables de acero, casado y con tres niños. Domicilio: dos habitaciones, baño, cocina, calefacción central. "Ganaba 800 rublos, pero no tenía bastante con ello. Sólo las botas costaban 300 rublos y un traje, de 700 a 1.200. Estaba obligado a tener una ocupación accesoria y mi mujer tenía que aceptar trabajos de costura. Quedaba demasiado poco tiempo para las compras más necesarias, puesto que no podíamos ponernos ya a formar cola durante la noche. Sufríamos enormes privaciones, pues no pertenecíamos a las gentes, los comisarios, los stachanoff (estos son los obreros record) y los judíos, que provistos de carnets especiales podían comprar en comercios cerrados"

Un obrero de 25 años. Vive en una de las cabañas ruinosas en medio de la calle sucia y sin pavimentar entre manzanas de nuevas viviendas. "Os hemos esperado. Tres días y tres noches he estado escondido para no tener que ir con los bolcheviques. Han lanzado bombas sobre nosotros, porque a los regazados nos habían declarado sus enemigos. ¿Quiere saber lo que son estas casas nuevas? Ahí viven en su mayoría judíos y comisarios, así como especialistas, artistas y semejante gente bien"

Una de las 50 obreras que con sus hijos habitan en una sucia barraca de barro a las espaldas de los pomposos rascacielos de Charkov: "Sí, los obreros de Europa entera deben ver cómo teníamos, que vivir aquí. Todos deben saberlo. Los judíos nos han insultado diciéndonos: "¡Fuera con vosotras, miserable chusma rusa! — ¡Compasión, no es culpa nuestra que seamos rusas! Estamos empobrecidas, andrajosas y muertas de hambre." Todas querían convidarnos a sus casas

La madre de seis niños. La familia habita en una cabaña amenazando ruina junto a una fábrica modernísima en la que trabaja el marido: "Mi marido era mecánico en la fábrica y yo, asistenta. Ganábamos demasiado poco, mi marido 300 y yo 150 rublos, teniendo muchas veces que mendigar de otros obreros la comida para nuestros hijos. Así vivimos desde hace unos 12 años." La mujer prorrumpió después en llanto y no pudo decir nada más

Un guía de la imprenta de una editorial. "Sí, soy guía, pero me ha sido impuesta una multa. En los últimos años hubo que hacer muchas horas extraordinarias. Un operario resultó herido ante la máquina a causa de exceso de fatiga. Había que buscar un culpable. Los empleados dirigentes, que por lo demás eran judíos, no podían entrar en consideración como responsables. Se me pidió cuenta como primer oficial, a pesar de no estar presente al ocurrir el accidente por tener libre. La multa fué del 25 % de las ganancias por un año"

Una obrera de esta barraca: "Más de 60 mujeres y niños vivimos aquí ya mucho tiempo. Cocinamos comemos y dormimos en este recinto. La mayoría de nosotras efectuábamos trabajos rudos en la forja o en taller de fundición. Teníamos que rendir el mismo trabajo que un hombre hecho y derecho, pero percibíamos sólo salario femenino"

Una soltera: "Nosotras, más de 30 solteras, vivimos en una pieza de la barraca junto a la fábrica. A cada una se nos deducía el alquiler según la importancia del salario. Así, la fábrica se ha embolsado mensualmente 900 rublos por este cuchitril. Éramos institutrices o enfermeras, y ganábamos de 150 a 250 rublos"

Uno de los zapateros remendones: "Soy inválido y tengo una sola pierna. Por estar libre del servicio militar, tenía que pagar el triple del impuesto sobre la renta. Fuera de eso, la cuota sindical, el impuesto para fines culturales, el seguro de entierro, el impuesto para armamentos, el empréstito al Estado y las cuotas para un mínimo de tres asociaciones comunistas obligatorias. Puede imaginarse . . ."

FANGO

¡Maldito sea el fango! ¡Maldito sea el fango ruso! A fines de octubre cambió el tiempo definitivamente empezando a llover, y de unas nubes gris violáceo, que pendían del cielo como gigantescas arañas, empezó a caer sobre las carreteras y las tropas una lluvia lenta y pesada. De la tierra se levantaba el penetrante olor del polvo mojado que excitaba el sentido del olfato.

Al principio las carreteras parecían largas tiras estrechas de arena mojada. Los rastrojos de los campos segados tenían un color parduzco, y los largos tallos de los resecos girasoles estaban esparcidos por el suelo como cuerdas mojadas. Los tejados de paja de las míseras chozas del campo resplandecían, y las superficies de hierba tenían un color vivo y brillante. El campo ucraniano era casi hermoso en los primeros días de lluvia... Pronto vino, empero, el fango, el horrible y maldito fango ruso.

No puede menos de maldecírsele. Después de los primeros días de lluvia se cubrieron los caminos y las carreteras con una substancia parda y compacta que, a lo sumo, podría compararse con una crema o gelatina. A todas partes donde íbamos encontrábamos la misma capa de barro viscosa, pegajosa, casi siempre de dos a tres centímetros de espesor. Bajo los zapatos y bajo las ruedas de los vehículos notábamos todavía suelo consistente. Los pesados camiones dibujaban todavía el doble surco de sus ruedas, y los zapatos dejaban claramente la huella del tacón, de la suela y de los clavos. Esto era todo. El avance seguía, y los conductores decían que no iba mal o, cuando menos, que no iba muy mal. Pero pronto vino el espantoso fango, las toneladas de horrible porquería, el mar de fango de la Unión Soviética.

La lluvia seguía en gotas sueltas y pesadas; una lluvia realmente monstruosa, sin fuerza ni energía, cada gota como medio vaso de agua. De pronto la carretera había desaparecido. Todo a nuestro alrededor nadaba en agua, se pegaba, resbalaba, se escurría; toda la tierra se había convertido en una gigantesca bola de basura húmeda y pegajosa. El mundo había tomado para nosotros un estado líquido. Debajo de nuestras botas y debajo de nuestras ruedas, Rusia iba convirtiéndose, poco a poco, en un campo cenagoso, en el que el fango, ese maldito fango negro grisaceo, soviético, iba creciendo cada vez.

Los camiones y demás vehículos nadaban como barcas de un lado para otro, resbalaban hasta la cuneta de la carretera, bailaban como endemoniados y sacudían y empujaban los remolques de un modo que casi hacía reír, y se atascaban a veces en mitad de la carretera como tercos rocines recalcitrantes.

En las largas filas de la columna se levantó una letanía de maldiciones, desapercibida al principio, y cada vez más clara y enérgica después, que se desbordaba sobre la cabeza de Stalin, sobre el comunismo, la Internacional, la camarilla de los rojos, etc., etc. Cada vez que uno resbalaba se le oía murmurar entre los dientes: ¡Maldito Stalin! Y los conductores que con un esfuerzo supremo procuraban mantener sus vehículos apartados de las cunetas de las carreteras, rugían: ¡Al diablo con el comunismo!

La tierra parecía hervir bajo nuestros pies, y el espeso fango debajo de las ruedas había alcanzado ya la anchura de un caudaloso río de aceite viscoso y pegajoso. Y en medio de este campo cenagoso, en el que lenta e incesantemente caía la pesada lluvia — cada gota como medio vaso de agua — empezaron a aparecer los primeros charcos. La tierra embebida de agua hasta la máxima saturación no tenía ya fuerza para absorber más agua. Los profundos surcos se llenaron de un líquido de color de cerveza, que ya no podía calificarse de agua; un líquido en el que los raquíticos árboles ucranianos, las nubes, los sucios capotes de los soldados, las macizas ruedas y los cañones se reflejaban de un modo desconsolador.

Después de en el fango, se metían los pies en los charcos de veinte a treinta centímetros de profundidad. Se formaban verdaderas superficies de agua, pequeños lagos, que teníamos que vadear con los zapatos y con las ruedas, no sin maldecir de Stalin, de Moscú, de la Internacional Comunista, de la GPU y del Kremlin. El gris verde de nuestros uniformes hacía ya mucho que se había convertido en pardo y amarillo: los capotes y los zapatos, las botas y los calcetines, todo estaba cubierto de una capa espesa y uniforme de porquería. Los soldados decían: Nos hemos "camuflado"... y, en efecto, parecía como si de pronto nos hubiéramos "camuflado" verdaderamente; nos habíamos vuelto hombres de fango, largos pedazos de fango en forma de soldado.

Si los aviones soviéticos de reconocimiento venían o no, no nos importaba, porque ¿qué hubieran podido descubrir? Fango, fango y siempre fango. Hasta los vehículos estaban cubiertos de barro hasta el techo. Sólo lentamente, y con la precaución de bestias que no conocen el camino, o conducidas de la rienda por arena resbaladiza, seguían avanzando. Los tubos de escape de los automóviles escupían nubes blancas.

Los vehículos patinaban, las ruedas giraban sin encontrar resistencia, surtidores de tierra y de barro salpicaban hasta cinco metros de distancia, los remolques resbalaban por los taludes, los motores zumbaban a su mayor número de revoluciones y las cadenas se atascaban cada vez más en el fango. Es verdad. Pero entonces saltaban cada vez los conductores de sus asientos, se arremangaban los brazos, y, con los picos y las palas en las manos, se abrían una nueva carretera en el fango, con el fango, metro a metro, con piedras y pedazos de madera, y con haces de girasoles.

Y la lluvia seguía cayendo implacablemente. A veces cesaba por la mañana, y aparecía, incluso, un rayo de sol entre las nubes, que se reflejaba en los charcos. Nosotros levantábamos, ansiosos, los ojos al cielo, pero el sol no llegaba nunca a secar el suelo. Al contrario, el fango se volvía cada vez más blando y pegajoso. Yo lo sentía en todas partes en mí mismo, en la cabeza, en la boca, entre los dientes... sentía su gusto dulzón, ese gusto de tierra fermentada, con todas sus grasas, sales y ácidos... Sentía el fango en el interior de mis huesos en lugar del tuétano. Y yo me decía: piensa en que eres de barro, que éste es tu origen y tu fin. Yo me decía: memento homo!... Así me decía a mí mismo para consolarme, pero una voz interior se rebelaba y me gritaba: yo soy de carne y hueso, ¡maldito sea el fango!

Vi también algunas carroñas, cuerpos de caballos o de mulos, como se ven en la guerra. Vi caballos y animales de carga, que habían muerto, como se muere en la guerra; pero parecía como si acabaran de ser modelados por la mano del Creador. Parecían como esos modelos de barro, húmedos y brillantes, que tanto nos seducen en el taller del escultor. Envueltos en barro yacían allí como envueltos en un sudario. Su carne convertida en tierra, nos decía: ¡memento quia!...

¡Maldito fango, maldito fango de la Rusia de Stalin! Cuando andando por el barro y por la guerra cerraba yo los ojos, veía las carreteras de asfalto de brillo azulado de Italia, la plateada red de carreteras cuidadas de Italia, y maldecía a Stalin, a la GPU, al Kremlin, Lenin, Woroschiloff, Budienni y a toda la maldita sociedad.

Un día amaneció nevando. Un viento cortante fango soplaba del Este, precipitándose sobre la llanura cubierta de nubes. Caía una nieve que parecía exactamente como la lluvia de las gotas gordas — cada gota como medio vaso de agua. Caía una nieve de copos grandes e hinchados, sin fuerza, como plumas de ganso, una nieve que parecía fango. Era blanca, desde luego, pero tan pronto como llegaba al suelo, la absorbía el fango, se la tragaba, por así decir, y la convertía igualmente en fango, hasta que, finalmente, el fango mismo se volvió blanco y coposo. Pero con ello se hizo todavía más pegajoso, y colgaba en pedazos de a

"...A cada paso que dábamos levantaba el pie un pedazo de nieve helada que pesaba de dos a tres kilos..."

Scan by NAM

kilo de las botas. A cada paso que dábamos levantaba el pie un pedazo de nieve helada que cada vez era más grande.

Una unidad motorizada tenía que ser llevada con todos sus vehículos, cañones y ametralladoras a una línea determinada. Y esta vez obstaculizó, verdaderamente, el fango, el maldito fango ruso, el avance. Pérfido y teñido de blanco por la pegajosa nieve sorprendió a la columna en su camino de avance, obligándola a la más extremada lentitud. Pocos metros por hora era todo lo que podían hacer las máquinas y los hombres.

Los bolcheviques, del otro lado, se habían dado ya cuenta de que el fango nos detenía, y de que el avance presentaba un vacío en este lugar. Nosotros nos enteramos de que los bolcheviques habían decidido atacar en el sector en el que la columna motorizada no podía avanzar a causa del mucho barro.

Nos encontrábamos en un gran apuro, porque el sector del frente estaba sin ocupar, y el enemigo iba a atacar a la mañana siguiente. Empezamos, pues, a maldecir de nuevo del Kremlin y de toda la maldita banda, cuando... a la mañana siguiente, sucedió el milagro.

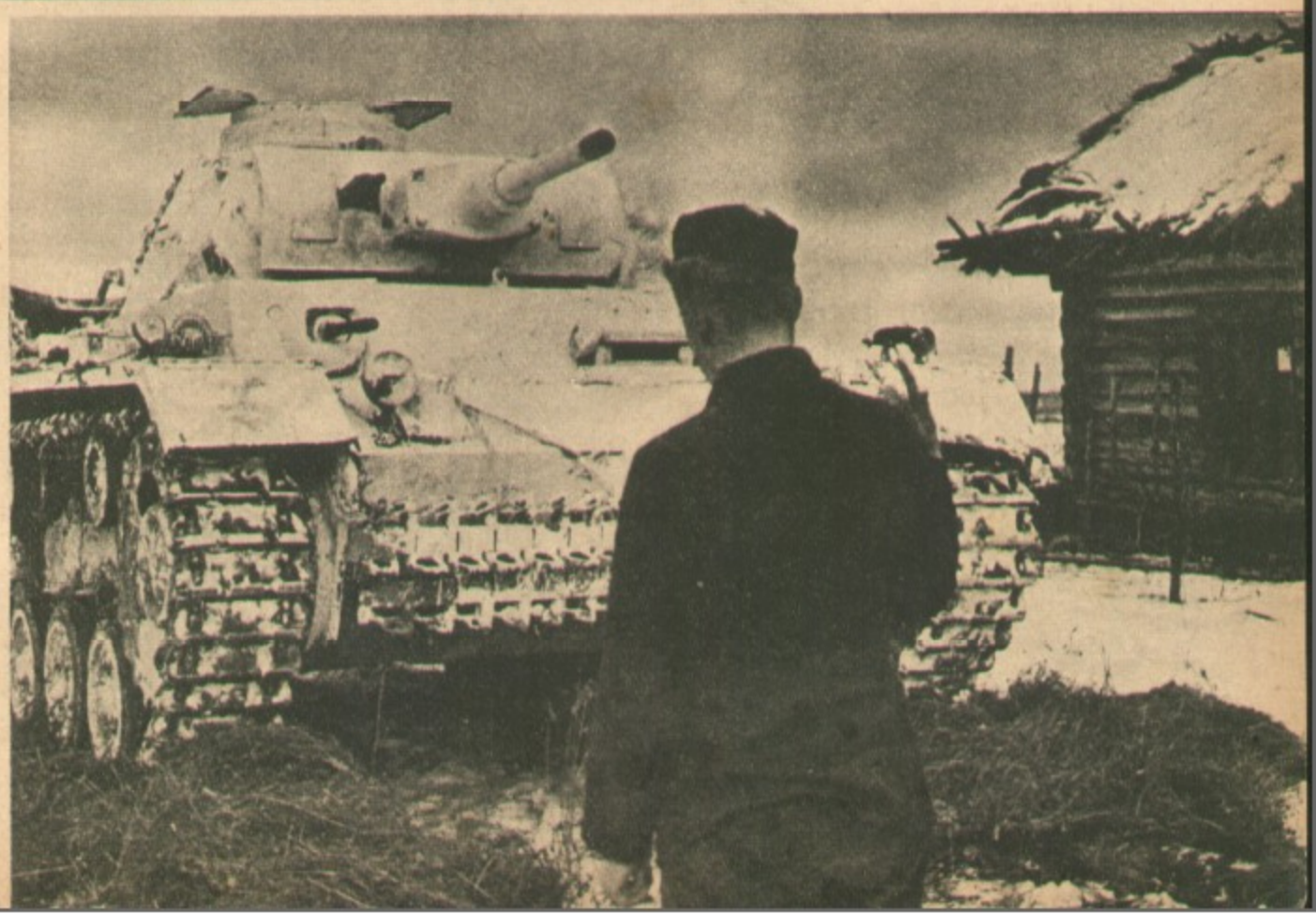
Con las primeras luces de la aurora vimos a lo lejos, en la llanura cubierta de blancas islas de nieve, fuerzas de caballería que llegaban. Los caballos galopaban y sus cascos se levantaban como si hicieran un ejercicio de equitación. Los jinetes iban acercándose, se hacían cada vez mayores, y no tardamos en reconocer en ellos a secciones de nuestra Caballería italiana. Briosos cabalgaban a través del mar de fango y de porquería. La Caballería avanzaba, esa Caballería que no se arredra por el fango ni por los terrenos cenagosos, y que se lanza al ataque con el corazón, con todos sus músculos y con todo su cuerpo y su alma. Día y noche habían cabalgado los soldados a través de la lluvia y del viento, y del barro y de la nieve.

La Caballería había llegado y se había lanzado en seguida a la primera línea, sucia y enlodada, y, sin embargo, con magnífica gallardía — fango en las espuelas de los jinetes, fango en las botas, en las riendas y en el cabezal. Vino con el fango, sostuvo la línea en el fango, y rompió las líneas enemigas en el fango.

Virgilio Lilli

"...Pocos metros por hora era todo lo que podían hacer las máquinas y los hombres..."

Fotos
PK Artur Grimm, Cusian, K. Müller

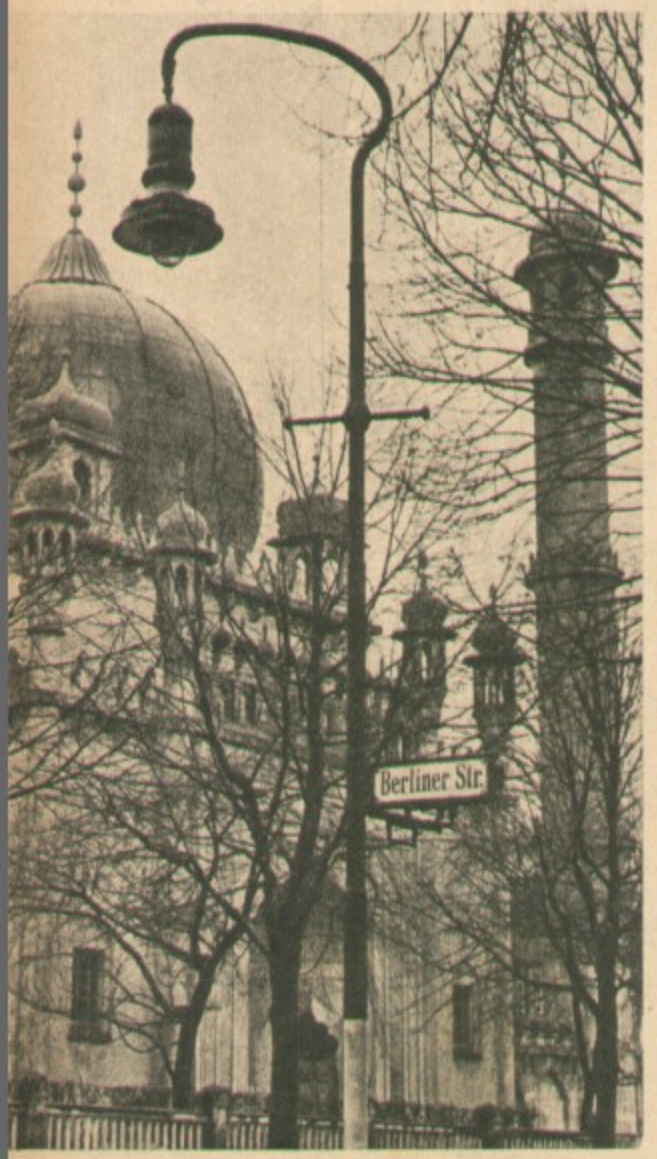


El frío y la nieve han vencido finalmente el fango. Pero plantean nuevos problemas. Los tanques se pintan con una capa enmascaradora de blanco. Y para que las cadenas de las orugas no se peguen por la noche al suelo helado se les pone un lecho de ramas y leña menuda

Musulmanes, huéspedes de Alemania

A la entrada de la Nueva Cancillería del Reich, el ministro de Estado Dr. Meissner saluda al gran mufti de Jerusalén, Emin el Husseini, que después de su arriesgada fuga del Irán, se ha trasladado de Roma a Berlín

El Führer celebra una cordial entrevista con el gran 'mufti



Una mezquita al Oeste de Berlín es el centro religioso de la comunión islamita. Fué construída de 1924 a 1927, imitando a las mezquitas hindúes. Cinco años antes había sido erigida ya una mezquita en Wünsdorf, cerca de Berlín, para los prisioneros de guerra musulmanes de las formaciones rusas

En la emisora de ondas cortas de Berlín, que hoy transmite noticias en todos los idiomas orientales, hablan musulmanes. Nuestras fotos muestran : iraqueses elaborando un programa . . .

. . . el jefe de la zona hindú, Habibur Rahman . . .

. . . el jefe de la zona árabe, Yunus Bahrry

Scan by NAM

La legítima "4711" ha sido en todo tiempo un producto de inapreciable valor. Cuando se trata de conservar la lozanía y la elasticidad, la deliciosa "4711" es siempre la que refresca y reanima

En la conocida fábrica Siemens & Halske trabaja de ingeniero el iraquês Samih Moussly. Dirige también la secretaría general de la comunidad islamita, existente en Berlín desde 1922

En el Hospital Rudolf Virchow trabaja el ginecólogo hindú Dr. Faroughi. Ha cursado sus estudios en la universidad de Berlín, como muchos de sus colegas hindúes de su especialidad

El artista Mohamed Ben Ajmed conserva con sus hijos las costumbres de su patria marroquí en su hogar berlinés

Fotos
Presse-Hoffmann (2)
PK. Pabel (10)

Muestra su arte en las películas alemanas. Numerosos artistas, técnicos y médicos de los países islamitas aprenden o trabajan en la capital del Reich. En el club iranés, sus miembros juegan con predilección a los dados que les son familiares

Continuación de la página 5

El mundo en guerra

sistencia tenaz hasta conseguir de los arsenales una superioridad aplastante en grandes unidades. Confían para ello en que, en todo caso, será ellos quienes ganen esta carrera de armamentos. Ahora bien, la construcción de un acorazado, desde que se le pone en carena hasta su botadura, dura sus buenos tres años. Esa esperanza en el tiempo (aun contando con las nuevas construcciones ya iniciadas) sólo sería razonable si el Pacto Tripartito no pudiera oponer a tal producción su equivalente; como si, por lo tanto, hasta entonces, se le dejase al Japón hacer sólo esta carrera de armamentos. Pero esto presupone que durante dicho período Alemania habría de seguir ocupada con todo su potencial en el frente del Este.

Ciertamente ha sonado la hora en el Este, aunque a destiempo para los enemigos de Alemania. Con ocasión de la visita de Beaverbrook y Harriman a Moscú, se decidió que era preciso ayudar inmediata y considerablemente a la Unión Soviética si se quería evitar la completa victoria alemana en 1942. Bien es verdad que la máquina militar bolchevique ha sobrepasado abundantemente los más temibles presagios y que no pudo destruirse la "locomotora de la Revolución mundial" en una sola campaña de verano. No obstante las fuerzas armadas alemanas han ganado ya muchos encuentros. Y no es descubrir ningún secreto de guerra hacer público que, después de la pausa del invierno, proseguirá su marcha hasta la derrota del bolchevismo, que esta vez debe darse por descontada. En un principio pretendían ingleses y norteamericanos nivelar con sus suministros todas las mermas de la producción soviética, incluso del material perdido en las batallas: según sus cálculos la baja en la producción alcanzaba a un 40 % de la capacidad anterior a la guerra, una vez que las fábricas "evacuadas" se pusieran de nuevo en marcha.

Entre este programa y su realización se alza el poderío japonés. Las rutas marítimas están aún más y más amenazadas, los norteamericanos mismos tienen que armarse y organizar tropas de combate con sus reservas, y los ingleses han de enviar tropas terrestres al Asia, a la vez que en el Oriente necesitan fuerzas suplementarias de Aviación. En todo caso, ni aún bajo las más favorables condiciones, podrá ser contrarrestado el Japón, antes del decisivo ataque alemán en el Este. Así pues habrá que abandonar el Asia oriental por la incierta esperanza de auxiliar a los soviets a través del Irán y por el congelado puerto de Arkángel, o habrá que abandonar al aliado bolchevique en su momento más apurado. Los meses en que las carreteras rusas son transibles se aproximan y nadie puede ya rehacerse hasta entonces.

Cuando en 1942 quede destrozada la Unión Soviética y el Japón aún resista — e incluso haya realizado grandes conquistas, para lo que hay las mejores esperanzas —, entonces podrá Alemania, y con ella toda Europa, producir para el mar y, si es necesario, no servirá otro propósito que el de apoyar con toda su capacidad la industria naval japonesa. Alemania sólo puede ser vencida por tierra. Después de la derrota bolchevique no habrá ninguna otra potencia terrestre en el continente eurasiático, ni que pueda ser transportada por el Océano, que amenace a Alemania. En cuando se derrote a la Unión Soviética, los enemigos de Alemania tienen la guerra perdida a medias, pues ya no pueden ganarla en ningún caso contra Europa. Además, desde la entrada del Japón, ha surgido una tangible probabilidad (que nos parece fabulosa), de ganar la otra mitad de la guerra por mar. Pues después de la derrota bolchevique la relación de poblaciones esenciales para la competencia económica entre las grandes potencias beligerantes es la siguiente: 130 millones de norteamericanos, 44 millones de ingleses, 17 millones de sudafricanos, australianos y neozelandeses contra 90 millones de alemanes, 50 millones de italianos, 100 millones de japoneses, es decir, 191 millones de "demócratas" contra 240 millones de "totalitarios". A los países que ayudan a aquellos pueden enfrentar las tres potencias excelentes aliados en Europa, y en cuanto a la economía, los europeos todos, es decir, exclusivamente hombres de inteligencia cultivada, además de Manchuria, los grandes territorios que el Japón controla en China y todas las fuentes de materias primas que hasta entonces haya conquistado el Japón.

¿Qué significa esto para Europa?

Tales son las circunstancias de esta nueva guerra mundial. Claro está que muchos europeos han visto con dolor cómo se ha extendido la guerra y que por lo tanto su fin y el fin de todas sus penurias se hallan cada vez menos a la vista. Otros se preguntan qué relación tiene con Europa toda esta geografía de guerra que va abarcando el mundo entero. ¿La ampliación de la guerra europea a todo el mundo, no es clara prueba de que no se trata ya de Europa, sino de todo el mundo?

Ciertamente que para los otros se trata también del mundo. De la declaración del Atlántico y del programa del partido comunista se deduce lógicamente que al otro lado se hallan potencias de aspiraciones ilimitadas. Frente a ellas era y es el fin de paz de las tres potencias la creación de un nuevo orden dentro de un espacio limitado, en Europa por una parte y en la Gran Asia oriental por la otra. Los tres Estados tripartitos luchan por lo tanto en esta guerra mundial, no en pos de la soberanía universal sino contra la soberanía universal. No invaden las zonas de influencia de potencias extranjeras, sino que se defienden contra la intervención de potencias extrañas en las propias zonas de influencia. Y esto se aplica lo mismo al Asia oriental que a Europa. La aspiración a la soberanía universal de los otros tiene por nombre la Revolución mundial bolchevique y la destrucción o desarme de todos los Estados totalitarios. Según este programa, Europa o caería en garras del bolchevismo o sería una colonia norteamericana sin influencia política. Contra estas amenazas en cuanto respecta a Europa lucha Alemania. Y si Alemania lucha en un mundial campo de batalla es porque el ataque de sus enemigos tiene carácter mundial. La victoria o la derrota decidirán si por fin Europa logra su unión, se asegura contra intervenciones extrañas y conserva el valor universal que le corresponde. Europa ha de renovarse o ha de morir. ¿Son estos problemas, sí o no, de interés para Europa?

O. Ph. Hälfner

DURANTE EL LARGO VUELO DE NOCHE A NOCHE siempre lo mismo: los motores, dos a cada lado, que sin cesar y sin cansarse zumban en los auriculares

EN PLENO ATLÁNTICO

Información de nuestro corresponsal de guerra PK. Jochen Grossmann

El comandante se ciñe el chaleco salvavidas, y dice: "Esperaremos todavía un poco ..." y al decirlo aspira fuertemente en la densa niebla que se va disipando lentamente a la plateada luz de la luna llena. "Creo que media hora todavía".

La helada oscuridad de una madrugada de otoño se cierne sobre el vasto campo. Del otro lado de los bajos y húmedos velos de neblina rompe el silencio de la noche el arrancar de los motores, señal de hallarse ya dispuestos para el vuelo.

Queda todavía tiempo para estirar un poco las piernas. Paseamos por delante de la gigantesca silueta del bombardero y fumamos, más que de costumbre, porque creemos que hemos de hacer acopio de humo en desquite de las largas horas que nos aguardan. El comandante conoce ya un buen pedazo del mundo. Sin conocernos hemos vivido hace tres años en Nueva York en el mismo hotel, y luego hemos asistido en Tokio a las mismas luchas de jiu-jitsu.

Un "despegue de virtuosos"

El comandante despega hoy para llevar a cabo su vuelo número 100 contra el enemigo... La niebla ha dejado paso a un ligero velo de neblina. Ya habíamos subido al avión y alguien había cerrado la puerta desde fuera. Luego empezamos a dar sacudidas sobre blandos resortes de muelles a lo largo del campo de aterrizaje, hasta llegar al extremo de la pista de despegue. El mecánico de a bordo cierra las escotillas encima del puesto de mando. Y cuando conecto las clavijas de mi casco, oigo un crujido seco en los auriculares.

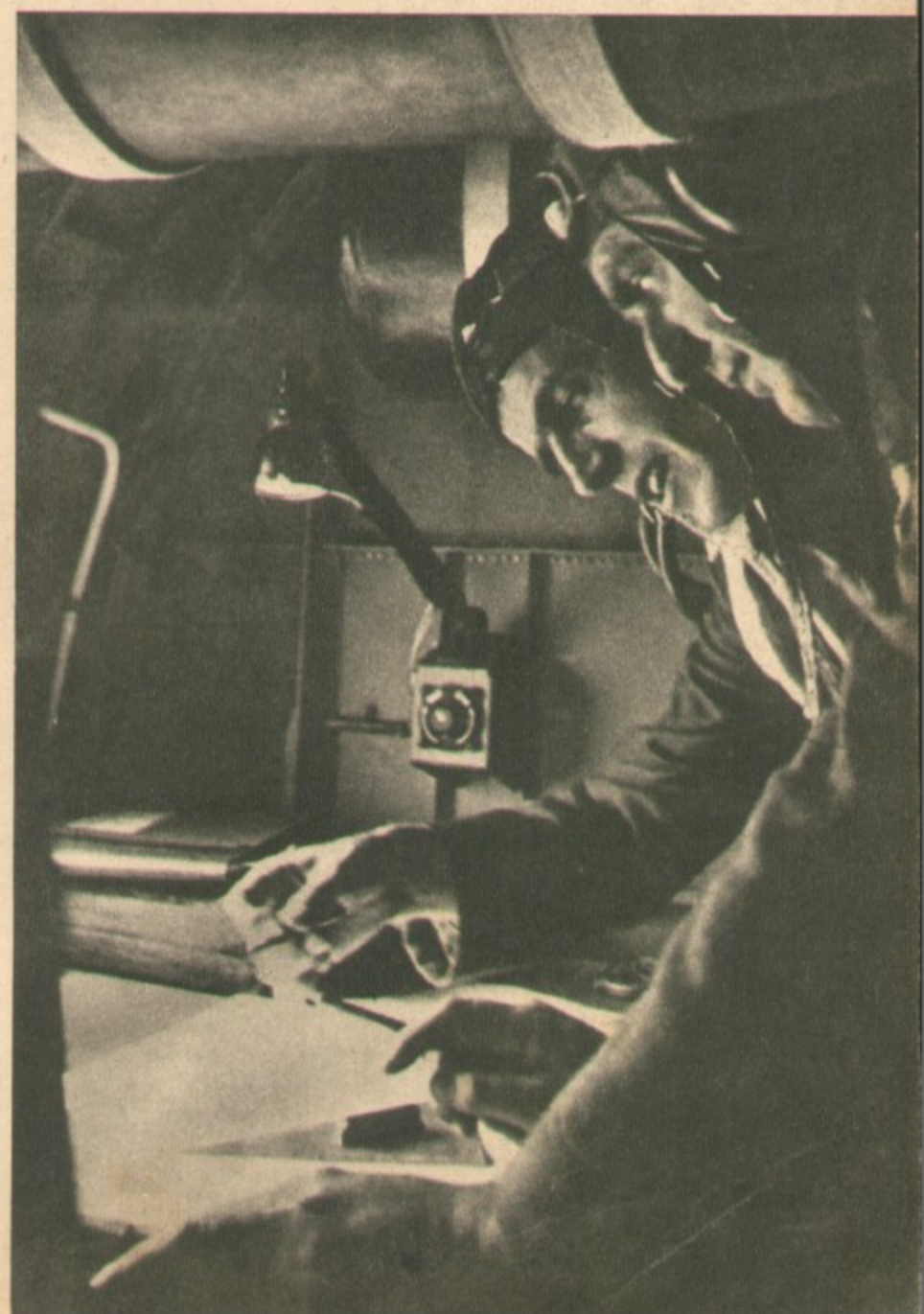
El piloto da gas a los cuatro motores. El gigantesco pájaro se estremece en pequeñas sacudidas, y rodamos con nuestra enorme carga.

Este es un despegue de virtuosos. La obra de la técnica se resiste al principio a obedecer a los finos dedos del hombre de treinta años que la manda. El aparato parece como si quisiera salirse de la pista. Los motores han de ayudar, ora de la parte de babor, ora de la de estribor; todos ellos se hallan en la mano del comandante, y han de obedecerle. A la vez que el aparato va tomando cada vez más velocidad se mantiene éste en la pista.

Los segundos del primer flotar en el aire han pasado. El estruendo de los motores durante el despegue disminuye hasta convertirse en el rítmico zumbido de las revoluciones de marcha, y volamos hacia el semicírculo anaranjado del sol naciente.

De la borrosa capa de la niebla matutina sobresalen las copas de los árboles y las puntas de las torres. Para tomar velocidad hemos virado describiendo una gran curva, y ahora es cuando empieza nuestro "rumbo a gran distancia"; hacia el Oeste. Allá abajo está el horizonte, gris todavía, y delante de nosotros una luna gorda y amarilla que semeja no querer ponerse más que de mala gana.

En este avión se puede ir a pasear. La dotación, un puñado de hombres que una semana tras otra domina el Atlántico, se diría que ha sido tragada por los sitios que les están destinados. El avión parece haberse quedado



HORAS ENTERAS SOBRE EL MAR, sin auxilio alguno de la orientación que tiene un avión sobre el suelo, volamos sólo según las cifras del rumbo a seguir y nuestros instrumentos. Continuamente se examina la navegación: el jefe se ha dirigido a la mesa de cartografía, donde el primer radiotelegrafista lleva la navegación

vacío. Allá hacia la parte de cola brillan las correas del paracaídas del tirador de popa, el segundo radiotelegrafista está hundido en el asiento delante de sus instrumentos, y el mecánico de a bordo está oculto detrás de un depósito. Subo y bajo los escalones, que me recuerdan los de los mamparos de un barco, y los visito a todos. Se han sentado cómodamente para el largo viaje.

Rumbo a gran distancia

La costa festoneada por la espuma de las olas que rompen en su orilla, hace ya mucho tiempo que ha quedado atrás. El Atlántico, ese grande, hermoso y veleidoso mar, se extiende bajo nosotros rizado por el suave y azulado oleaje. Allá abajo están jugando los delfines, y cada vez que asoman a la superficie parece como si fueran cascos de bomba que hayan caído en el mar. A poca altura pasamos por encima de ellos volando a gran velocidad.

A la derecha, por delante, vemos dos vapores pesqueros. Nunca se sabe. ¿Serán amigos o enemigos? ¿Informarán al adversario acerca de nuestro rumbo y el de nuestros compañeros? Hay que contar con ello. Pero nosotros tenemos otra misión que la de preocuparnos de estos vaporcitos. ¡Que digan que nos han visto! El convoy lo encontraremos de todos modos; lo encontraremos y lo tocaremos.

Hace ya tres horas que volamos sobre el mar, cuando, de improviso se cierne ante nosotros un frente de mal tiempo. El cielo y el mar se confunden en negros nubarrones sin contornos. Bajamos todavía más. En el mar se levantan brillantes coronas de espuma, que el temporal barre de las crestas de las olas encabritadas. El gran pájaro que nos lleva, apenas si se agita. Nosotros no tenemos la intención de cambiar de rumbo, y nos metemos de lleno en la borrasca. La fuerte lluvia azota en ráfagas horizontales los cristales del puesto de mando y volamos privados de toda visibilidad, únicamente con ayuda de los instrumentos, es decir, volamos "a ciegas". Desde algún sitio gotea sobre mi pantalón, y yo retiro la pierna. A veces se estremece el aparato en las rachas como si quisiera sacudirse la pesada lluvia. Pero los motores giran con la regularidad de una marcha de prueba antes del despegue.

"¿Ha oído usted la marimba en el pabellón mejicano de la Exosición Universal?" Casi me asusto de la lejana pregunta que me hace el comandante mientras el avión sigue impertérrito su vuelo. Sí, todavía me acuerdo. Yo pregunto al Comandante cuántos kilómetros ha volado en Colombia. "600.000 kilómetros" oigo en los auriculares. "Cuando estalló la guerra estaba yo precisamente en Nueva York, adonde había ido a buscar un nuevo aparato para nuestra línea". Los dos nos reímos recordando al pobre negro, bañado en sudor, que, con desenfrenadas contorsiones, se esforzaba por arrancar de su instrumento las más descabelladas disonancias.

Allá fuera ha aclarado un poco. Las nubes preñadas de lluvia han quedado atrás; hemos atravesado el frente tormentoso. Pero allá abajo debe estar desencadenándose un verdadero temporal. El viento no ha amainado todavía cuando hace ya mucho que volamos de nuevo bajo el sol de mediodía.

Es lo mismo que en un vapor. El primer radiotelegrafista que también voló largo tiempo allende el océano, por el que ahora volamos, en Sudamérica, y que volvió a encontrar a su comandante en esta escuadrilla de bombardeo a gran distancia, anota constantemente en la mesa de navegación el rumbo que seguimos, registrándolo con el compás y la escuadra, y con el radiogoniómetro y el sextante. Este "barco" se mueve 30 veces más de prisa que un vapor corriente, y por ello hay que observar en la navegación una exatitud de 5 kilómetros, si no se quiere que luego nos encontremos "desplazados" en 150 kilómetros.

Detrás está la gran caja de las provisiones: café y comida caliente en grandes termos, fruta y agua mineral (natural y gaseosa), y además una gran bolsa para cada hombre, una verdadera bolsa sorpresa con bocadillos, galletas, chocolate y una bolsita con nueces y pasas, y muchas cosas más.

Penacho de humo a 240°

Hace ya más de seis horas que estamos en el aire. ¿Encontraremos el convoy? De poniente vuelve a acercarse el nublado; sin embargo, la visibilidad no es mala. En una hora aproximadamente hemos de alcanzar la posición probable del convoy. Seguimos volando, pues, como hemos venido haciéndolo hasta ahora sobre la cambiante y movida superficie del Atlántico, unas veces a través de regiones de mal tiempo, y otras de sol radiante, completamente solos, guiados únicamente por los hilos de la navegación y de la radio. Viramos unos grados hacia el Sur, y los ojos de todos intentan penetrar más allá del horizonte.

De pronto, dado que debemos hallarnos ya muy cerca del convoy, me manda el comandante que vaya a las dos ametralladoras laterales de atrás. El límite inferior de las nubes ha bajado a 400 metrós. Nosotros conservamos la misma altura. ¿Seremos los primeros en llegar al convoy? ¿Lo encontraremos, en resumidas cuentas?

"Penacho de humo a 240 grados". La frase se extiende por el aparato, a través de los auriculares, como un reguero de pólvora. ¿Dónde? — Efectivamente, allí. Tocando el horizonte, diagonalmente a la izquierda, por delante, se levanta un ligero penacho de humo. ¿Será el convoy? Seguimos adelante, nos acercamos; el humo crece sobre el horizonte: dos penachos, tres; de veras, el convoy. Ya lo tenemos. Efectivamente, lo hemos encontrado.

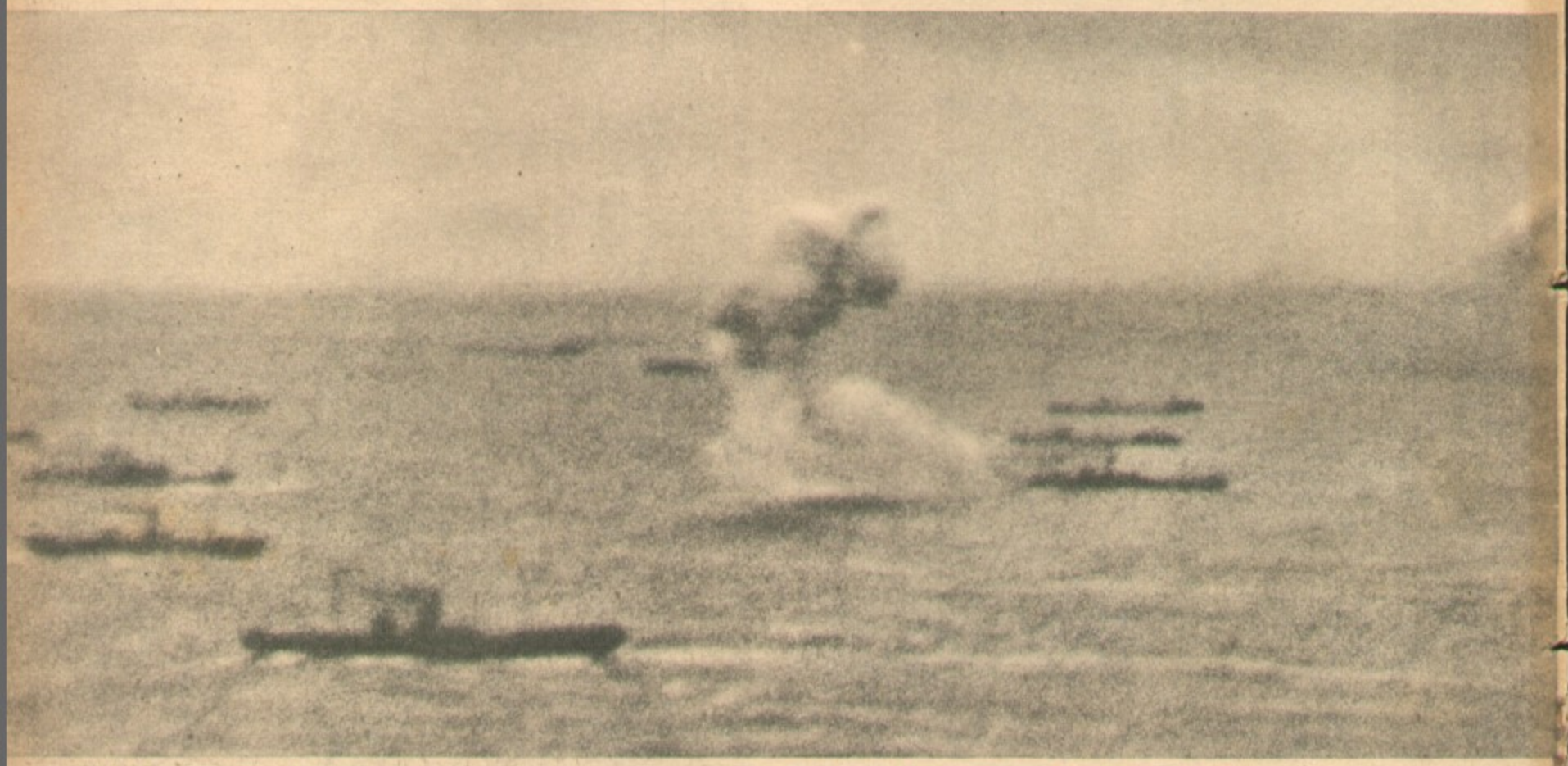
Todos gritamos a la vez y es imposible entenderse. Tres, cuatro, ocho, diez, veinte, treinta vapores, aproximadamente. Tres de ellos son grandes. Entre los vapores vemos un crucero y dos destructores.

Sorpresa — también para nosotros

Me imagino lo que debe ocurrirle a un cazador de fieras que ha descubierto el rastro de una manada rara y va acercándose cautelosamente a la última pieza. No queremos ser descubiertos, y no queremos lanzarnos sobre el primer venido. En este momento se me ocurre la frase de uno de nuestros maestros de la escuela de tiradores: "La sorpresa es uno de los fundamentos decisivos del ataque". Primero queremos mirar la cosa de cerca y, sin embargo, no ser descubiertos al hacerlo.

Y ya tenemos la sorpresa: una gran sombra se ha destacado allá a lo lejos, debajo de un girón de nubes. Aguzamos la vista y nos preguntamos, ¿qué será ese esperpento tan raro? Miramos con los prismáticos y quedamos enterados: un portaviones. "Ahora sí que va de veras" dice alguien en el auricular, y tiene razón, porque los portaviones, como es bien sabido, tienen a menudo rápidos cazas a bordo que a veces despegan. Nos metemos pues en nuestra nube. Acá y acullá tiene la capa de nubes unos agujeros por los que se ve brillar frío y amenazador el mar debajo de nosotros.

El convoy se encuentra ahora distanciado de nosotros, a un lado. La separación será de unos diez kilómetros, poco más o menos. El portaviones se desliza a toda máquina a lo largo del mismo. Por delante de su proa se levanta una imponente ola, que puede verse perfectamente sin necesidad de prismáticos. El portaviones pasa entre nosotros y el convoy. ¿Es que ya nos han descubierto, y lanzado los cazas contra nosotros?



Ha sido localizado el convoy. Los primeros impactos hacen explosión en su mitad. No hay escapatoria posible — ha comenzado la obra de exterminio

¿ Nos han visto ya ?

De pronto disparan allá abajo toda una serie de fuegos artificiales. Las unidades armadas del convoy tienden una cortina de fuego con sus cañones antiaéreos. Pero esto no puedo ir contra nosotros. Tan mal nadie ha visto todavía tirar a los ingleses. Algún camarada se nos debe haber adelantado en el ataque.

Por lo que se puede percibir el convoy navega en tres columnas,

una al lado de otra. A la cabeza debe ir un crucero antiaéreo ya que en sus cañones brillan sin cesar los fogonazos de su defensa. A babor y estribor del mismo van dos destructores como perros de presa, y también sus cañones deben estar ya calientes por el constante fuego a que están sometidos. Entre las columnas parece haber todavía otros guardianes menores. De cuando en cuando asomamos por debajo de las nubes tan solo para ver lo que deseamos saber.

No tenemos prisa. Faltan unos minutos para las cuatro. Conservando la misma distancia nos quedamos al acecho entre los jirones de nubes. Para todos los que vengan detrás de nosotros, por mar y por el aire, hemos dado por radio nuestra posición y el rumbo, y la ruta y el tipo de los barcos.

Con los motores parados volamos a lo largo del convoy buscando su sitio más débil. El portaviones ha alcancado ya casi la cabeza del convoy. En su proximidad creemos que nos tenemos nada que buscar, y viramos en redondo. De un salto voy al otro lado, a la ventana abierta por completo, cuyo panel he sacado para poder servir mejor la ametralladora.

Cazas detrás de nosotros

De pronto descubro por un lado a uno de nuestros aparatos en vuelo picado. No puede ser más que el capitán P., que despegó unos minutos antes que nosotros. El capitán vuela en corto zigzag. Y ahora vemos también a los dos cazas que van detrás de él y procuran alcanzarlo. ¿Ha tirado ya sus bombas el capitán de la escuadrilla? Nosotros no hemos visto nada. Son dos Hurricanes, efectivamente, todo error es imposible. El pesado aparato cuatrimotor de bombardeo a distancia no es ningún adversario para un Hurricán, pero se defiende con todas sus armas. Haces de luz trazadora de amigos y enemigos se encuentran formando ángulo agudo. En una rápida curva, nuestro capitán pone el aparato casi de punta sobre las alas. El capitán cuelga de las hélices el aparato, recargardo todavía con el peso de la bencina para el segundo ataque. En este momento una ancha capa de nubes acoge al gigantesco pájaro, y los dos cazas enemigos se pierden en el vacío. En este caso el mirar era más interesante que el defenderse uno mismo de un ataque. Fué un combate aéreo lejos, muy lejos, allá fuera, en el Atlántico, que los ingleses gustan de calificar de mar dominado por ellos. (El capitán de la escadrilla aterrizó, sin embargo, samo y salvo, a media noche en nuestro aeropuerto provisional, pese a los treinta impactos que se contaron en el avión después del aterrizaje).

"¿Ve usted el hidroplano?" me pregunta el comandante desde su puesto de mando. "No" "¿Dónde?" "Allí, a 270 grados, por encima del barco con los tres palos, un Martin 162." El hidroavión está como observador encima del convoy. Parece como si Albión, la "dominadora de los mares" hubiera puesto en juego toda clase de medios para proteger su flota mercante...

El momento se acerca

Hemos llegado al extremo final del convoy. Un terrible aguacero está cayendo en este lugar, tendiendo hasta el mar sus oblícuas cortinas de gruesa y tupida lluvia. Nosotros seguimos el mismo rumbo. "El momento se acerca" dice la voz tranquila del comandante. Vamos pues a atacar ahora. ¿Atacaremos el extremo final del convoy? No cabe duda de que la defensa en él será en este momento la menor. Detrás de la cortina de lluvia hemos perdido de vista al convoy, y, por consiguiente, hemos de dar la vuelta. Al comprobarlo volamos entre nubes sueltas a unos 500 metros de altura.

En este momento me caigo encima de mi ametralladora. Nos precipitamos en curva descendente sobre dos vapores que navegan solos detrás del gran número de los otros. Salimos de las nubes. Yo ya sé que el ataque lo haremos a una altura de 50 metros. Me asomo tanto a la ventana que parece como si el viento de la corriente del vuelo hubiera de arrastrarme. El vapor que está más cerca de nosotros será de unas 3.000 toneladas, el otro, detrás, es mayor: 5.000 toneladas. Nos lanzamos de través en la dirección de marcha de los vapores y nos acerca-

"¡CUIDADO CON LOS CAZAS!" exclama el jefe por el micrófono, puesto que el convoy lleva consigo un portaaviones. Nos hallamos poco antes de atravesar la capa de nubes. En el aparato están todos llenos de atención, tensión y disposición para el combate

EL SEGUNDO RADIOTELEGRAFISTA mantiene comunicación constante con la base. Está siempre al corriente de donde se encuentran los demás aparatos de la formación

mos hasta tocar casi las crestas de las olas coronadas de espuma.

El primer vapor se va aproximando más y más, y cada vez va haciéndose mayor. A la velocidad media de un caza vamos a su encuentro. ¿Cuál de los dos atacaremos? Los dos. Las bombas alcanzan perfectamente para ello.

Las bombas han sido ya preparadas, y los segundos de su lanzamiento se aproximan. Delante de los palos, cuyos topes están más altos que nosotros mismos, nos elevamos un poco. — ¡Por qué no habré traído las gafas, Dios mío! Los ojos me lloran, y apenas si puedo tenerlos abiertos a causa de la vertiginosa corriente de viento...

Ahora procura el vapor esquivarnos, y vira de babor. Al parecer dispara también con algunas ametralladoras. No puede distinguirse bien. ¿Qué importa? Ahora nos toca a nosotros. El vapor se encuentra en este instante en sentido oblícuo a la dirección del vuelo, no de través como antes, pero la cosa no tiene importancia. Ya no puede escapársenos.

El gran momento

Y ya lo tenemos. Nos elevamos. Sobre cubierta hay hombres que van de un lado al otro. "¡Atención!", dice el comandante desde detrás de la mira. Ante nosotros arrían un bote al agua; puede verse claramente. "¡Fuera!", dice alguien, y en el mismo momento vemos ya el barco destrozado debajo de nosotros, cerquísima, grande...

Las bombas han sido lanzadas. La primera demasiado corta — un surtidor de agua se eleva a la altura de una casa — y la segunda... ¡Blanco! ¡Blanco! Ha tocado exactamente en el costado del buque.

Un breve resplandor, vivo y oscilante, una espesa humareda negra, y se oye el estampido de una explosión formidable. Por el aire vuelan astillas, jirones, cuerdas, planchas, maderos y escombros de toda clase, que vuelven a caer con asombrosa lentitud. Los densos nubarrones convertidos ahora en algo parecido a un racimo gigantesco son barridos de a bordo por el viento, y se esfuman en el mar.

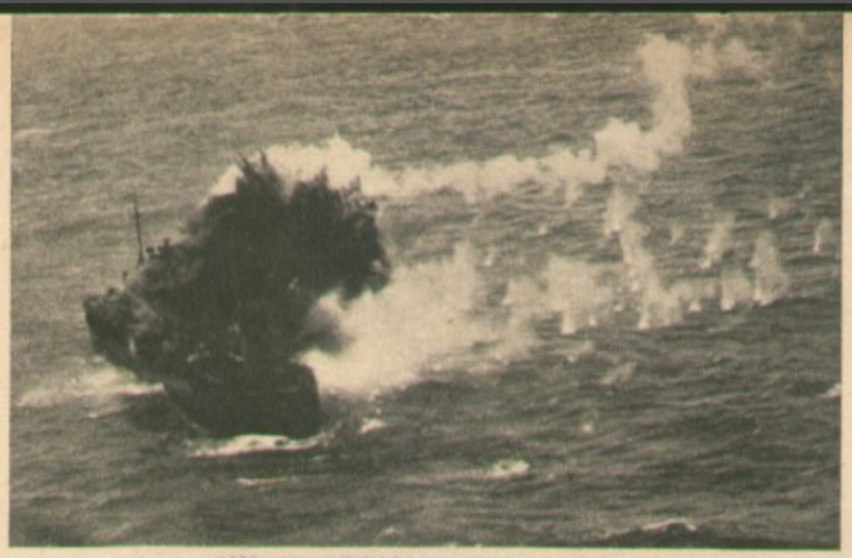
El vapor, tocado de muerte, inclinado de un costado, era el más pequeño de los dos. El mayor se halla todavía delante de nosotros. Ya han echado dos botes al agua. Vamos en su persecución. El vapor está parado y como resignado con su suerte.

¿Dónde están los cazas? Miro alrededor. ¿Detrás de nosotros? No se ve nada. Ni tampoco ningún otro buque, ni los guardianes del convoy...

Todo es como si el vapor esperara a que le demos el golpe decisivo. Nos elevamos nuevamente. "¡Todas a la vez!" Las bombas se desprenden y caen. En menos del tiempo que se necesita para decir tres veces amén se ciernen las bombas en el aire, y se suceden los impactos,que sólo se ven, pero que parece como si se oyeran...

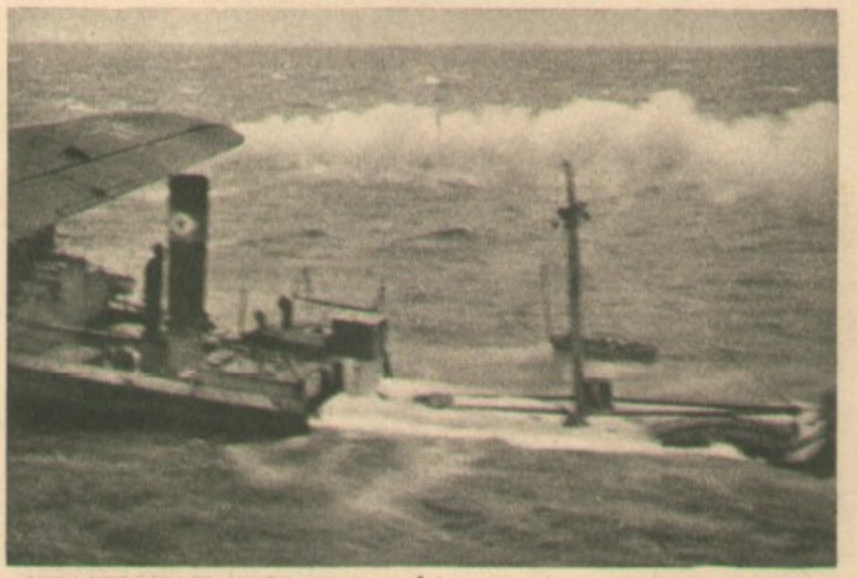
¡Blanco! ¡Blanco! Cuatro voces lo han gritado a la vez. En un segundo han hecho explosión todas las bombas en la popa del vapor. No ha habido ningún relampagueo, ninguna humareda. Una nube ligera, desprovista de contornos, pletórica de espuma y de vapor, brota impetuosa para desaparecer de nuevo. Cuando se repliega en sí misma, se arremolinan y se recubren ya las olas del Atlántico sobre la popa del vapor que se está hundiendo...

Describimos una curva. Allá atrás está el primer vapor fuertemente inclinado de costado, que una humareda de aceite envuelve casi por completo... Aquí delante, en cambio, se hunde un vapor con la rapidez de minutos. Volvemos a volar por encima del primero. El mar barre ya la parte



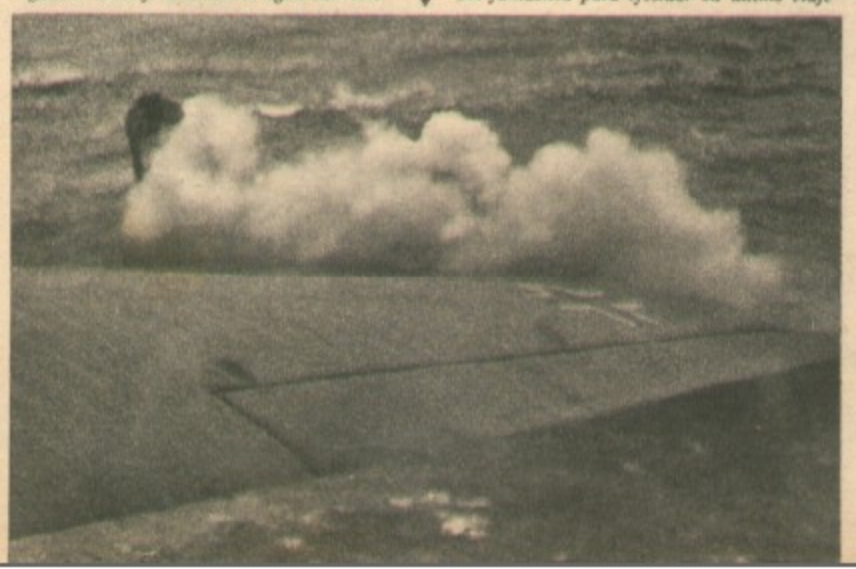
¡IMPACTO DIRECTO! Una fracción de segundo después de caer la bomba. Se levanta una humareda, silba el vapor de las tuberías tocadas y el mar azota entre los rebotes de los cascos de bomba y los restos del barco

EL PROXIMO BARCO es tocado exactamente en la popa por la bomba. Pero no es necesario que la bomba alcance directamente al barco. Basta si hace explosión muy cerca de la banda. En el término de cuatro minutos se cumple la suerte: el vapor comienza a hundirse "de popa", que probablemente ha sido abierta o saltada por completo



OTRA VEZ PICA EL AVIÓN. Allí abajo se hinchan las lonas sobre las escotillas, la mar baña ya las superestructuras, cuelgan los cabos y se lanza al agua um bote

DE REPENTE SE EMPINA EL BARCO. La proa se eleva en menos de un instante y después se sumerge el barco a una rapidez fantástica para efectuar su último viaje



media del barco, y ávido se precipita sobre el casco destrozado del buque. La proa se levanta, negra y solitaria; voraz y plomizo brilla el mar, y la parte anterior del vapor desaparece como tragada por las olas. Una mancha blanca se arremolina sobre el fondo azul grisáceo y se esfuma de nuevo... "Consummatum est".

Un nuevo encuentro

Es tiempo de que nos elevemos nuevamente. En tres minutos nos hallamos en las nubes en la que ningún caza más puede encontrarnos. La densa bruma nos quita toda visibilidad y volvemos a volar durante mucho tiempo guiados únicamente por los instrumentos...

"Un buque a 85 grados." El segundo piloto lo ha descubierto. El cielo vuelve a estar claro y sonrosado por el reflejo del sol que acaba de ponerse. El mar está intranquilo. Hasta que llegamos al buque ha desaparecido la luz del día.

Ahí está el barco. En cautelosa curva nos acercamos. ¿Amigo o enemigo? Por si acaso preparamos las armas.

Delante de nosotros se levanta una estrella que vuelve a caer describiendo una delicada ojiva. Han disparado la señal de reconocimiento convenida. Es un submarino alemán.

El submarino va a gran velocidad. De la gruesa y movida mar sobresale únicamente la torre, que es azotada por las olas. "Lleváis el verdadero rumbo, el que conduce donde nosotros hemos estado. Buena suerte."

Damos una vuelta por encima del férreo submarino. Allá abajo nos saludan las gorras y los pañuelos del racimo de hombres que se ha colgado de la torre. Nos deseamos buen viaje y feliz regreso...

Viaje de regreso

El crepúsculo ha desaparecido dejando paso a una noche poblada de estrellas. Yo estoy sentado detrás. En los auriculares se traduce la navegación en fórmulas mágicas.

La luna ha salido grande, exactamente delante de nosotros, y proyecta sobre el mar una ancha cinta de su luz fría y resplandeciente. El viento ha amainado también.

La emisora de Alemania acaba de dar las últimas noticias de medianoche, cuando aparece la costa con sus anchas fajas de oleaje. La luna radiante de esplendor, dibuja en la arena la sombra exactamente delimitada de nuestro aparato.

Poco después ha vuelto a mostrarse la niebla, que parece como si se hubiera tragado la tierra y quisiera dificultarnos el aterrizaje. Oigo como el comandante pide la primera "orientación ajena", y como se la dan. Desde ahora la recibimos a cada minuto. Nuestra base aérea es la que nos dirige hacia ella en nuestro regreso.

La cadena de luces en la pista de aterrizaje está un poco borrosa, pero si nos apresuramos todavía podremos aterrizar entre dos bancos de niebla.

El aparato termina el planeo y toma tierra suavemente, y rodamos hacia nuestro cobertizo.

El silencio con que nos recibe la noche, cuando los motores han cesado de funcionar, parece increíble.

"¿Vamos a beber un vaso?" pregunta el comandante mientras nos dirigimos al puesto de mando a encender nuestros cigarrillos. Yo creo también que no estaría mal.

No sólo porque éste era el 100 vuelo de nuestro comandante, o porque hemos hundido unos cuantos miles de toneladas, sino también porque nos encontramos de nuevo en la tierra.

Por atajos o con rodeos

NOVELA DE HANNA KIEL

Un joven que se encontraba de viaje al extranjero, donde pensaba dedicar el invierno a sus estudios y otras seducciones, detúvose por un par de días en una vieja ciudad, pues creía adecuado al objeto de su viaje recoger cuidadosamente en el camino y las paradas las impresiones y aventuras que pudiese reunir.

Era a principios de otoño, septiembre todavía, pero el tiempo ventoso y variable, hacía parecer más avanzada la estación, más próximo el invierno y más cortos los días. Caía rápidamente la oscuridad en las calles, sombreadas por soportales, pero el rojo de piedras y muros le prestaba la tonalidad y el calor de sangre y vino y le arrebataba lo tétrico.

El viajero había visto, en arte e iglesias, lo que era digno de admirarse. Había cenado en una taberna de renombre local una de aquellas comidas sustanciosas, acordes en condimento y abundancia con el estilo arquitectónico, y sólo le faltaba, mientras hacía girar lentamente el vaso entre los dedos y contemplaba en él los juegos de luz, alguién a quien examinar por encima del borde de este vaso y con quien mereciera la pena de cambiar un par de frases y de miradas. Pero al propio tiempo que este deseo se apoderó de él una ansiedad, como la de una plenitud no excesiva, y el presentimiento de que esta noche ocultaba para él, en su seno, algo no vulgar que en esta ciudad le esperaba a él y sólo a él.

Chasqueó los dedos y el fondista se acercó servicial. Naturalmente, sabía muy bien dónde no se aburre un forastero, donde un joven encuentra y logra lo que quiere. Con guiños y sonrisas describió lo que callaban sus palabras.

El viajero dió las gracias y se dirigió sin vacilaciones a la callejuela que le describiera el hospedero. Estaba a espaldas de un elevado palacio y la blasfema voz del pueblo le había llamado la calle de la compasión misericórdiosa. En definitiva, era indiferente al camino o el rodeo que tomase; sus pasos le conducirían con seguridad a la meta que se había fijado.

Pronto estuvo ante el característico acceso, con la linterna rechinando al viento; la puerta interior abriose cuando apenas había levantado el llamador. Sobre él se abovedaba un recinto sin ventanas, que podía haber sido antes patio abierto. Colgaban lámparas de aciete de los arcos y en la pared trasera se amontonaban toneles cuyo vapor impregnaba el aire, de densidad que turbaba la vista y que sólo al inspirarse nublaba los sentidos y producía embriaguez. Mesas y sillas, colocadas en el corredor casi siempre y a la sombra de las columnas, estaban ocupadas por parejas amarteladas. Un piano de teclas, semejante al címbalo por su sonido, y un violín tocaban desde atrás, mientras una mujer cantaba con fresca voz. Se separó de la mesa que rodeaba al cantar y con pasos cadenciosos, que eran menos danza que pretexto para adelantar el cuerpo y el busto y levantar la plisada falda de modo que descubriese siempre su rodilla desnuda y, en parte, el muslo, se dirigio hacia el vacío centro del local y hacia el nuevo huésped que se sentaba en un lugar vacío del círculo central.

Al principio, nadie estaba cerca de él, fuera de tres jóvenes sentados casi enfrente, de cuya dirección vino la cantante. Entonces terminaba con un trémolo muy sostenido, con besamanos, reverencias y abrir de brazos. Como también el forastero le aplaudiese, se acercó a él y le preguntó qué deseaba.

Pidió de beber algo que también a ella le gustase. Trajo una aplastada botella verde claro y dos vasos. Apoyándose en la mesa, con una pierna levantada y sentándose a medias sobre él, cogió con dedos afectadamente

extendidos el vaso que le ofrecían, bebió a sorbos e inició la plática.

¿Era forastero en la ciudad? ¿Se encontraba de paso o por algún tiempo? Respondió que se encontraba efectuando un largo viaje y ella, extasiada, exhaló un suspiro.

"Quién pudiera viajar también lejos de aquí..."

Le llamaron desde la mesa de enfrente. Se humedeció los labios con la lengua, bebió una vez más, dejó el vaso con precaución y se dirigió con lentitud hacia los que llamaban. Allí pasó sus dedos por los cabellos castaños de uno de ellos, que parecía ser el más joven del grupo, dejó que la sentase sobre sus rodillas y le musitó al oído algo que terminó en un largo beso, en la oreja, hasta que él la dejo libre.

En este momento se decidió para el viajero el sentido y la suerte de esta noche. Pensó que la pasaría alegremente y en forma que valiese la pena si lograba vencer a este joven, el de la cabeza de fuego.

Al compás de la música que surgía otra vez del ángulo, volvió la cantante y se colocó junto a él en una silla, de espaldas a los tres jóvenes. El viajero le llenó el vaso hasta el borde.

Le preguntó cómo se llamaba y en que pensaba en aquel momento. "Me llamo Volker", respondió él. "¿Es tu novio aquel de allí enfrente, el del pelo más claro, que está sentado en medio?"

Ella asintió.

"¿Haces todo lo que quiere? ¿Es celoso?"

Ella alzó los hombros, inclinó con movimiento de duda la cabeza e hizo un gesto con los labios.

"Celoso como un loco. Soy su primera. Si supiese alguien me tocaba, creo que me mataría."

"¿Y tú?"

"Yo..." Se inclinó, hacia él con el pecho y los brazos sobre la mesa. "Llevame contigo."

"Pero aun no sé si me gustas."

"Si te gustase, ¿me llevarías?"

El le miró.

"Y si al cabo de tres días estoy harto de tí, ¿qué?"

"Entonces, me marcharé. ¡Te lo juro! No me quedaré ni un día más. Tómame para el viaje... Cuando esté lejos de aquí..."

"¡Música!", gritaron con ímpetu los tres de enfrente. "¡Música! ¡Qué salga la cantante! ¡Pagamos aquí para oír cantar!"

"Vete a cantar", río Volker.

Pensó en su familia, en las gentes a quienes estaba recomendado y en sus caras al verle con semejante compañía. Esto le divertía.

La muchacha cantó. Cantó una canción popular, rápida y gorjeante, que terminó con un grito de júbilo.

"¡Que repita! ¡Que repita!", gritaron los tres, secundados por las mesas del pasillo como si los que allí se sentaban se sintiesen tranquilos cuando una voz llenaba el recinto.

La cantante desapareció un momento en la esquina de los músicos y volvió después con un pañuelo en la cabeza cuyas dos puntos mantenía tirantes con las manos a la altura del cinturón, mientras avanzaba con los pies desnudos. Cantaba con tono ampuloso. Iba sola de noche, cantaba, no había nadie con ella, acaso alguno quisiera acompañarle...

Con fingida timidez y mirada abatida se dirigió hacia el que antes había llamado su novio, que se levantó también en el acto, comenzó a acompañar la canción diciendo a pleno pulmón "¡Voy!" y anduvo con ella, fué subiendo de tono, le cogio primero la mano, le ciñó después por el talle y se balanceó con ella en el último de los versos, como llevado por su voz. Inmediatamente detrás de ella, que apoyaba en él la cabeza y los hombros, con las manos en su pecho, el pañuelo le ocultaba, sin embargo, su mirada y no advertía que con los párpados semientornados no apartaba la vista de Volker y sólo para él cantaba.

Como arrepentida de terminar ya este diabólico juego, se interrumpió durante los compases de salida, palmoteó, aplaudió más bien, separando las manos de él del pecho, y gritó: "¡Todos! ¡Venga! ¡Cantad todos!" En forma tan irresistible, que las parejas, excitadas y embriagadas, salieron de sus retiros en las columnas, se dirigieron al centro, parpadeando, y allí comenzaron el juego de preguntas y respuestas de toda la canción. Unos, con miradas de través hacia la experimentada pareja, intentaron imitarla; otros, olvidando el ritmo prescrito, comenzaron a acompañar la melodía caprichosamente.

El violín tocaba sin cesar, el címbalo golpeaba, la cantante tarareaba y tarareaban y se balanceban las parejas, que mantenían estrechamente abrazadas.

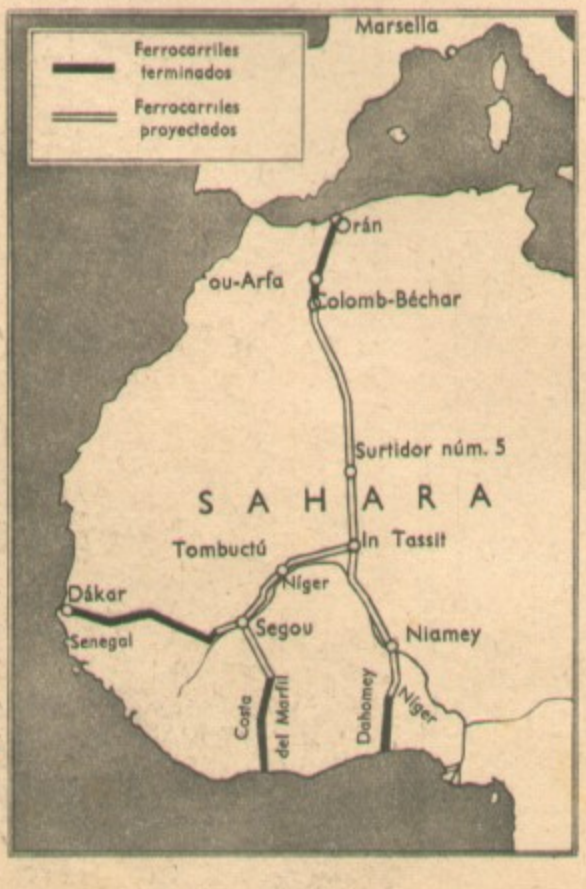
También Volker mecía los hombros en su asiento. No faltó mucho para que, seducido por la mirada y la voz de la muchacha, abandonase su sitio para dirigirse a ella y se dejase llevar por el vértigo.

Continúa en la página 32

En la estación de Bou-Arfa en Marruecos se muestran caras de satisfacción: los árabes han acudido de lejos para admirar la construcción del ferrocarril del desierto

Del Mediterráneo al Níger: "El Transahariano"

"l "Transahariano" consta hasta ahora de dos vagones con motores eléctricos Diesel, que exigen la centésima parte del agua consumida por una locomotora de vapor. El carburante puede ser fácilmente almacenado a lo largo de la vía



El Gobierno del mariscal Pétain ha dispuesto la construcción de un trozo de 100 kilómetros del gran ferrocarril transahariano, desde Bou-Arfa, en el Marruecos oriental, hasta Colomb-Béchar, en los límites del Sahara. Los almacenes y los campamentos de obreros van avanzando para emprender la construcción de una línea, cuya longitud total es de 3.450 kilómetros aproximadamente. El ferrocarril transahariano tiene importancia europea. Atravesando el Sahara, deberá establecer contacto continuo con los actuales ferrocarriles de Dahomey, de la Costa del Marfil francesa y del Senegal (Dákar), poniendo en el Mediterráneo las incalculables riquezas del Africa occidental francesa. Cuando el transahariano haya sido concluído, el alto curso del Níger quedará unido a la red ferroviaria del Africa occidental

Fotos Wolter

Scan by NAM

Sólo en las montañas serán necesarios grandes movimientos de tierra. A este fin se emplean grandes dragas que excavan y amontonan tierra y piedras, y . . .

. . . tractores pesados. El tendido de la vía avanza a razón de un kilómetro diario

Un equipo incansable habita en campamentos a los lados de la línea, que se trasladan a medida que el trabajo avanza

A través del desierto sobre un terraplén de piedra, se desliza la vía en línea recta. Los silbidos de la locomotora tienen que ahuyentar frecuentemente algún camello

Scan
by
NAM

En el despacho del nuevo alcalde de una pequeña ciudad a cien kilómetros de Moscú, el corresponsal de guerra de "Signal", Hanns Hubmann, hace un curioso descubrimiento

"Soy sobrina de Tchaikovsky..."

Fotos Hanns Hubmann

Una anciana envuelta en astrosas pieles se presenta con su pasaporte en el Ayuntamiento para que se proceda a su registro según dispone la ley. Resulta que es la última sobrina de Tchaikovsky, pues su madre fué hermana del célebre compositor ruso. Como esposa del más importante y rico perito ferroviario de la Rusia zarista, von Meck, asesinado por los bolcheviques, cayó en la miseria más profunda, y saluda ahora a los alemanes como libertadores suyos y de todos.

"... Tres años después pude volver a Moscú, donde se creía que había escondido en un sótano los millones legendarios de los Meck ..."

EL RUISEÑOR DE LOS SOLDADOS FINLANDESES

En el frente más avanzado de la provincia Odmark en Carelia oriental se sienta entre los soldados, junto a la hoguera del campamento, una joven finlandesa que canta una canción careliana. Ellos son soldados de asalto de la célebre división de cazadores a las órdenes del coronel Raappana y ella, envuelta en el chaquetón de piel de las Lottas finlandesas, es la cantete Marta Kontula, el "ruiseñor de los soldados finlandeses", que alza su linda voz de soprano sobre el silencio lleno de atención de esos hombres curtidos por la lucha. Una graciosa mujer de noble rostro, facciones regulares, y rizado pelo castaño bajo el gorro de piel. Esposa de un conocido actor finlandés y concertista afamada, salió voluntariamente para el frente al desencadernarse la guerra, ha participado como sus soldados de todos los peligros y privaciones y ha mostrado ante el fuego de Artillería bolchevique el mismo valor

Marta Kontula entona su canción predilecta: "En prenda, en prenda, he dado mi corazón en prenda..."

y la misma intrepidez que sus camaradas masculinos. Vive como un soldado y disfruta de los mismos permos que ellos y durante exactamente el mismo tiempo. Sólo desea portarse como una verdadera mujer finlandesa que quiere animar, fortalecer y alegrar el corazón de sus camaradas con sus canciones en plena selva finlandesa, allí donde se entablan tan reñidos combates. Ella misma nos relata sus impresiones:

". . . Con todos mis sentidos me ocupo de la vida de los soldados: en los aeródromos, en las líneas avanzadas, junto a la Artillería y en los regimentos de Infantería atravieso bosques espesos y vastos pantanos, desciendo por pendientes de alturas insospechadas — en auto, a caballo y a pie. Es impresionante caminar a lo largo de las orillas de un pantano y saber que en la margen opuesta están los puestos de observación soviéticos. Es curioso sentir el silencio espectativo de la primera línea, que no debe ser interrumpido ni por la explosión de alegría espontánea que produce mi aparición repentina. '¡Buenos días, muchachos!' les digo, después de mi presentación al capitán. '¡Buenos días, Marta!' replican ellos, sonriendo. El capitán da la orden de descanso y al poco tiempo principia nuestra fiesta con una marcha que ejecutan dos acordeones. Entonces comienzo yo a cantar mis más lindas canciones . . ."

". . . Cuántas veces he sentido no ser hombre para poder combatir también. Lo único que puedo hacer, cuando termina la entusiasta alegría provocada por las canciones y la música, es imponer con mis propias manos las condecoraciones en el pecho de los soldados más valientes. En estos momentos me siento tan nerviosa y emocionada que los prendedores tiemblan en mis manos y no quieren penetrar a través del paño espeso de la guerreras. De buenas ganas abrazaría a estos hombres audaces y, como no me atrevo a hacerlo, les felicito en voz baja . . ."

Scan by NAM

¿Cuándo corre la dentadura mayor peligro?

Conocemos cuatro épocas de la vida humana en las cuales el estado de la dentadura corre gran peligro: en la época de la primera dentición, en la de la pubertad hasta los 20 años, durante el embarazo y en el climaterio. Los dientes están siempre expuestos cuando en el organismo tienen lugar grandes transformaciones—la mejor prueba de la estrecha relación de la dentadura con todo el organismo.

Esta relación se nota con más claridad en la mujer encinta. En el lenguaje popular se dice que cada hijo cuesta un diente a la madre. En efecto, el niño debilita con frecuencia la fuerza de resistencia de la dentadura de la madre. Pero esto no necesita ser siempre así. Cuando la futura madre se alimenta adecuadamente y cuando proporciona a su organismo y al hijo en gestación a través de la circulación sanguínea suficientes sustancias complementarias (vitaminas) y sales minerales, especialmente fósforo y calcio, para la formación de la sustancia dental y ósea, entonces el niño en el claustro materno no necesita tomar del organismo que lo alberga, o sea de la dentadura de la madre, las sales cálcicas que necesita.

Es una vulgar superstición creer que la madre, durante la época de la maternidad, no debe cuidar su dentadura. Todo lo contrario, precisamente en esta época debe la madre acudir por lo menos dos veces al dentista. Pues precisamente en esta época es más necesario que nunca un cuidado esmerado de la dentadura. El sano desarrollo de la primera dentición del niño depende en alto grado de si en la época de la dentición ha sido amamantado por la madre durante un tiempo suficiente largo. Para el lactante no hay mejor alimentación que la leche materna, que contiene todo lo que el lactante necesita en la única composición adecuada. ¡Feliz el niño que es amamantado mucho tiempo por su madre!

El buen estado de la dentadura puede ser influenciado en todas las edades por una alimentación apropiada o equivocada, por la masticación adecuada o deficiente y por la higiene dental correcta o insuficiente. No hay la menor duda de que una alimentación sana, la masticación correcta y la limpieza diaria de la dentadura con el cepillo y un dentífrico de calidad, como por ejemplo el Chlorodont, y finalmente, la revisión regular de la dentadura, evitan a tiempo cualquier peligrosa enfermedad dental, pues todas estas medidas de la higiene dental adecuada se completan en sus efectos.

La pasta dentífrica de calidad

Chlorodont

señala el camino para el cuidado adecuado de la dentadura

Continuación de la página 27

Por atajos o con rodeos

"¡ Basta por ahora !", gritaron entonces desde el fondo.

El tabernero, al que hasta entonces sólo se le había visto la sombra de la cabeza gris, surgió de un salto tras el mostrador y batió el aire con los brazos.

Esto rompió el hechizo.

La música enmudeció. Las parejas se dispersaron. La cantante desapareció con su amado en la oscuridad. Volker, turbado, se frotó los ojos que irritados por el aire, le quemaban. Impulsado por el deseo de tocar algo real, asió fuertemente el vaso con ambas manos y lo llevó así a la boca. "Ahora me lo bebo todo, pago y me marcho", pensó, buscando con los ojos a la muchacha.

Ella surgió al punto a la voz del violín, calzada, peinada y empolvada.

"A petición", cuchicheó, y cantó como sin prestar atención al forastero, a quien quería dedicarla, que se apoyaba aún en una columna, al otro lado de su mesa, cerca de la cantante. Sin embargo, apenas hubo terminado, corrió hacia el mostrador, seguramente al recordar sólo ahora un encargo de antes, y desde allí a donde estaba Volker, llevando dos vasos llenos de agua.

"¿ Dónde vives ? ¿ Adónde tengo que ir ?", le preguntó como si la conversación entre ellos no se hubiera interrumpido más que al ir a buscar la bebida que él no había pedido. "Es seguro que pueda estar allí pronto."

"Entonces, ¿ te deja ir ?", objetó Volker.

"No tienes más que marcharte ahora. Cuando te hayas ido, lo hará el también."

"Y vuelvo después. ¿ Cómo sabré que se ha marchado ?"

Ella meditó.

"Cuando se vaya, apagaré el farol de la puerta."

Silbaba el viento en la calle. Volker se mantuvo cerca de la pared de la casa, sobre la cual caía oblicuamente la lluvia. Dobló hacia la izquierda, por una calle trasversal, porque se creyó allí más protegido. Pero el viento le golpeó con más fuerza ; torció otra vez a la izquierda, por la próxima calleja, hasta que alcanzó la parte de la casa por donde desaparecían misteriosamente algunas parejas. Con el sombrero muy calado y el cuello subido, avanzó cara a la lluvia, dobló otra esquina, recorrió otro trayecto protegido por las altas paredes del palacio, torció otra vez a la izquierda y llegó de nuevo a la calle de donde había partido. En su extremo se abría la puerta.

Estaba ya a oscuras. Habían apagado la luz situada ante la casa.

Con la secreta promesa de ir más tarde a su casa, lo que hasta entonces siempre le había negado, logró la muchacha de su enamorado que se marchase rápidamente. Le acompañó hasta fuera con todos sus amigos y apagó con un apagador la luz de la linterna.

Ella vió que se le ensombrecía el rostro y que parpadeaba. Después, sintió que su mano le hacía con fuerza presión en el brazo.

¿ Qué quería decir esta señal con la luz ?

Quería ahuyentar a nuevos visitantes, repuso ella riendo, para estar cuanto antes libre.

La mataría si le engañaba, gritó él amenazador, sin moverse del sitio. Ya se vería lo que pasaba aún, dijo a sus asombrados amigos. Cuando quisieron abondonarle, les rogó que permaneciesen aún cinco minutos con él.

Así, Volker, a quien no mucho

después el viento, que ahora tenía de espaldas, empujaba hacia la puerta, se vió, antes de estar bajo cubierto, frente a tres figuras, una de las cuales le dió el alto, al tiempo que le acometía con algo que no acertó a distinguir si era bastón o navaja. Hundió la mano en el bolsillo, opuso un arma al cuchillo y disparó cuando lo vió demasiado cerca.

Entonces vió encogerse el grupo, alguien se enderezó y vaciló. Volker echó a correr.

Deshizo el camino por el que había llegado la noche anterior, para dirigirse hacia el palacio al otro lado del cual estaban las plazas, las calles, las iglesias, su posada, el mundo sin espectros, alejado del dédalo de estas callejuelas en las que ahora sonaban gritos, silbidos y estruendo.

Corrió a lo largo de los elevados muros sin ventanas, pegado a ellos en la sombra más profunda. Estuvo a punto de caer ; algo cedió junto a él, no la casa ni el muro, sino una estrecha entrada apenas perceptible, blanqueada como el muro, como confundida con él y, acaso por olvido, abierta. Ya estaba dentro, empujó el agujero del muro, ascendió por una escalera de piedra que subía angosta como un pozo excavado en la roca por la acción del agua. Rozó la pared cuando extendió las manos con los brazos doblados en ángulo.

Subió peldaño tras peldaño y, después de doblar llegó a un pequeño descansillo y a un segundo tramo donde torció a la derecha ; había una puerta. Sintió la madera brillantemente encerada, y el picaporte métalico muy pulido, que giró, no sin ruido, y le dió paso a una especie de vestíbulo al que sucedía una contrapuerta.

Fué retirada una cortina y brilló desde adentro el resplandor de un fuego.

"Harald, ¿ eres tú . . . ?", preguntó una voz. "Entra". Y al decirlo, la mujer a quien pertenecía la voz se volvió nuevamente hacia el cuarto, alzó el borde de su traje del suelo e inclinada sobre la chimenea, arrojó al fuego un par de piñas.

Volker llevó su mano derecha a la cabeza, donde ya no estaba el sombrero, se pasó con fuerza los dedos por el pelo, atravesó la puerta y la cortina, cerró aquella sin ruido y dejó caer está tras sí ; avanzó un paso y miró velozmente en torno suyo.

El cuarto estaba revestido de madera de tono ahumado ; el entarimado, redondeado ante las esquinas. A la izquierda había una chimenea y a la derecha una ventana, oculta como la puerta por cortinas. En la pared central, ya preparada para la noche, una ancha cama.

La mujer se golpeó las manos para sacudir un polvo imaginario.

"¿ Cómo así tan tarde ?", preguntó. Y volviéndose de repente, se llevó ambas manos al rostro, delante de la boca abierta de espanto. Se quedó mirando fijamente al intruso.

"¿ Qué le ocurre a Harald ?", balbuceó, "¿ qué le falta ? ¿ Dónde está ?"

El extraño hizo una inclinación.

"Me llamo Volker". Se inclinó de nuevo. "No sé nada de Harald. No le conozco."

Su mirada le abarcó en tono inquisitivo y se bajó rápidamente cuando encontró la de él. La alzó de nuevo y dejó que sus ojos se encontrasen, se tocasen, se sujetasen y recogiesen la imagen del otro como el iman atrae al hierro. Sus labios dibujaron una sonrisa. El estaba con los brazos caídos y la espalda encorvada como se está cuando después de un calor sofocante cae agua fría sobre la piel, o cuando el primer trago de zumo de una fruta agrada al sediento paladar.

"Sí", murmuró él como si cualquier sonido fuese aquí demasiado alto o excesiva cualquier palabra, "sí, llovía mucho y yo andaba por ello muy pegado al muro ; de repente, cedió una puerta y yo caí materialmente en la casa."

El no oía lo que decía su boca. Miraba a la mujer, que había colocado un brazo sobre la moldura de la chimenea. Sus cabellos partidos sobre la frente estaban sujetos en la nuca. La larga túnica la hacía parecer alta.

Ella, seguramente, quería tranquilizarse, calmarse y que él se fuera. No, él debía calentarse primero con calma, quitarse el mojado abrigo, sentarse un poco y contarle de donde venía. Su acento le reveló que no era de la ciudad.

Ella se dirigió al sillón junto al fuego que era evidentemente su sitio y le indicó otro a su lado.

Sin embargo, antes de que pudiera doblar las rodillas para sentarse, antes aún de que Volker se despojase de su abrigo, llegaron del patio retumbantes golpes, gritos y ruido de pusos e irrumpieron entre ellos penetrantes intimaciones de "¡ En nombre de la Ley !"

Volker encogio los dedos, en torno a la solapa del abrigo como para cogerla. Confesó angustiado que se había visto mezclado como extraño en el asunto. Le habían atacado tres y disparó para defenderse. Por eso le buscaban, le perseguían. Ahora se ponía por completo en sus manos. Que ella decidiera. ¿ Debía desaparecer, o quedarse ?

Debía quedarse y desaparecer.

Ella deslizó dos dedos entre la pilastra de la chimenea y las muescas del entarimado ; saltó un tablero longitudinal cuyas junturas disimulaba hábilmente el dibujo de la madera. Detrás había un hueco, un escondrijo que ella le abría.

El entró en seguida, por delante de ella y cuando ésta, por primera vez, se le acercó, le tendió los brazos. La mujer retrocedió con rapidez dos pasos y con esta actitud y la mano con que le rechazaba, que él sólo tocó fugitivamente, le dió a entender todo lo que vedaban decir las circunstancias del momento.

El recinto en que se refugió, que quedó cerrado immediatamente tras él, no era un armario, como la había imaginado al principio, sino más bien una cámara, un cuarto que cortaba el entarimado y se utilizaba como ropero. A ambos lados, alineados colgaban trajes y pasaba entre ellos un diminuto corredor, que iba hasta atrás, en la pared ante la cual había un pequeño taburete tapizado, y que debía tener en su parte superior una claraboya. Volker, cuando llegó allí, advirtió que venía de arriba frío olor de lluvia y que se mezclaba con las esencias de los géneros usados como la humedad de tormenta con el aroma del heno todavía secando. Abrazó la vacía ropa, en la cual no estaba el cuerpo que deseaba apasionadamente abrazar. La atrajo hacia sí, enrolló las vacías mangas alrededor de su cuello, como un loco, habló con ella y le preguntó lo que no podía inquirir de la persona que estaba muy cerca de él, pero separada por un tabique de madera.

¿ Quién era Harald por el que ella se preocupaba ? ¿ Su marido ? ¿ Su amado ? ¿ Era ella libre ? ¿ Podría acompañarle ? ¿ Podría él continuar allí con ella, durante el invierno y para siempre ? ¿ Podría, cuando ella estuviera sola, empujar como hoy la puerta de la calleja, subir el tramo de escaleras y llegar a ella sin ser visto ni oído ?

Escuchó.

Ningún ruido llegaba de su cuarto.

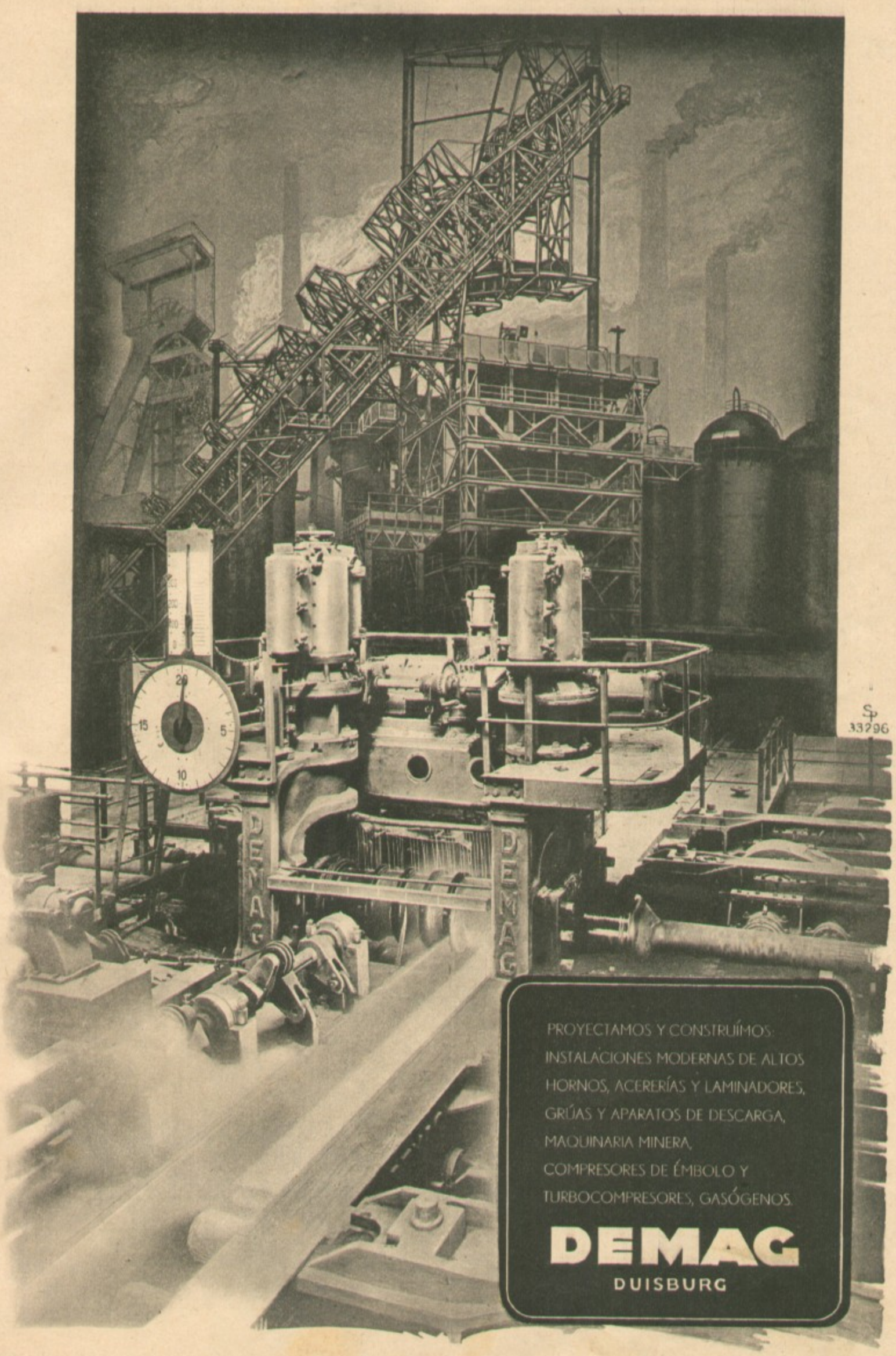
La mujer se había sentado, con los ojos cerrados, en su sillón ante el fuego. Esperaba.

Cuando llamaron a la puerta, tomó en la mano un libro que yacía abierto y del revés sobre una mesa junto a ella, y se puso a leer.

Penetró en el cuarto su viejo criado y tras él, envuelta en un abrigo, su mujer, pálida de miedo, que no quería permitir en ningún caso que su señora

Continúa en la página 46

Scan
by
NAM



SP
33296

PROYECTAMOS Y CONSTRUÍMOS:
INSTALACIONES MODERNAS DE ALTOS HORNOS, ACERERÍAS Y LAMINADORES,
GRÚAS Y APARATOS DE DESCARGA,
MAQUINARIA MINERA,
COMPRESORES DE ÉMBOLO Y TURBOCOMPRESORES, GASÓGENOS.

DEMAG
DUISBURG

Continuación de la página 8

¿Solidaridad?

inglesa, la Gran Bretaña cosechará, no obstante, lo que ha sembrado.

¿Donde estaba la solidaridad occidental cuando Inglaterra y Norteamérica estrangularon los suministros ultramarinos de españoles y franceses, a pesar de haberles sido ofrecido que controlasen mediante comisiones que nada de estos suministros afluía al Reich?

He aquí

un testimonio neutral

procedente de la gran guerra, de cómo entienden los ingleses las solidaridad de la raza blanca. Fué publicado en Zurich por Orell Füssli, en 1917, y editado por el profesor Dr. A. Forel (no puede, por tanto, sospecharse sea propaganda alemana). El medico suizo Dr. Häberlin, por ejemplo, declaró bajo juramento: "Maka, mi lugar de residencia en el Camerún, fué ocupado por los ingleses el 1º de octubre de 1914. Era imposible permanecer allí, porque los ingleses disparaban sobre nosotros, los paisanos. Con el desembarco del 27 de septiembre se supo que los ingleses hacían transportar a los blancos por indígenas, es decir tanto por soldados como por bandas a sueldo, y perpetraban las peores violencias. Yo huí con mi mujer y mi hijo, pero fuí capturado y llevado adelante, con las tropas, a pesar de que estaba excluída cualquier duda sobre mi neutralidad. Dormíamos, sin comer, a la intemperie. En Duala nos despojaron de todo el dinero, con excepción de 100 marcos. El proceder de los ingleses con respecto a los alemanes y neutrales, sin distinción, fué ignominioso. Las mujeres eran vigiladas día y noche por soldados negros ingleses con bayoneta calada de manera que apenas podían desnudarse sin ser observadas. El 11 de diciembre de 1914, en Manbellion, los ingleses embarcaron a cinco mujeres y dos niños en un vagón ferroviario. Carecía de frenos y le dejaron deslizarse, en presencia de un oficial inglés, por una pronunciada pendiente. Adquirió en el acto velocidad de tren expreso y se dirigió hacia un puente volado. Como las mujeres sabían que lo estaba, saltaron del tren entre Manbellion y Manengole; la última de ellas lo hizo con un niño inmediatamente después de la última estación. Casualmente, nadie resultó muerto ni gravemente herido. Una mujer perdió en la caída los incisivos; mi esposa sufrió una profunda herida en la cabeza, etc. El vagón descarriló entre Manengole y Manengoteng."

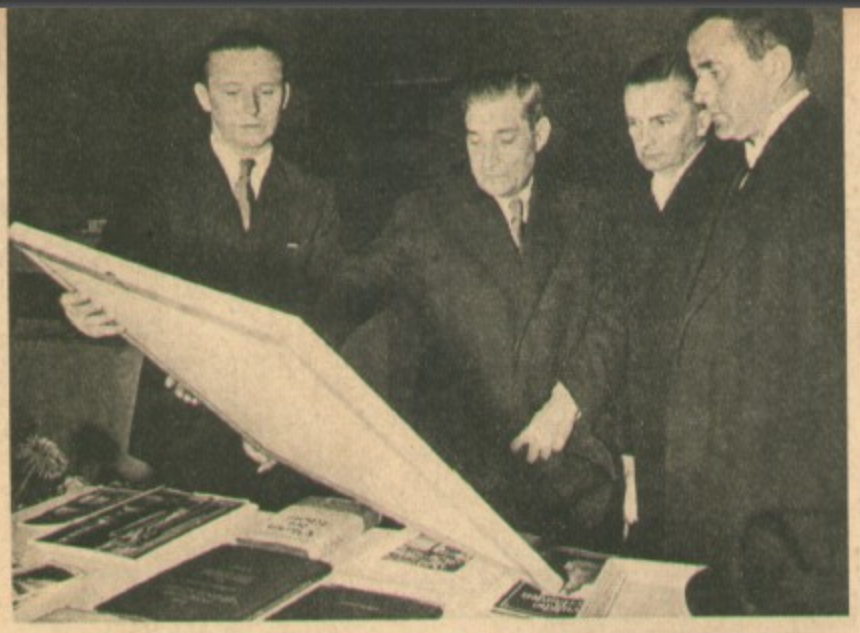
Este ejemplo lo es de otros innumerables casos que podrían citarse de la misma fuente. Los negros fueron enseñados a fustigar a los alemanes con látigos, a torturarles y a utilizarles en los servicios más repugnantes. Así fué entonces, en realidad, la solidaridad occidental al estilo inglés.

En cambio, siempre será el máximo honor para los japoneses la forma en que trataron a los prisioneros de guerra alemanes que cayeron en sus manos en Tsingtau, después de valerosa aunque también estéril lucha. Basta decir sobre el trato recibido que muchos de estos prisioneros se quedaron voluntariamente en el Japón después de la guerra o volvieron allí. Una serie de significados japonistas y conocedores alemanes del Japón aprendieron a estimarle en el cautiverio. No había una solidaridad de la raza europea, sino la de hombres decentes que también en los vencidos e inermes honran al ser humano.

Ahora, cuando tienen el agua al cuello, invocan los angloamericanos la solidaridad occidental. ¿Dónde estaba cuando los alemanes, después de perder la guerra mundial, teníamos el agua al cuello? Entonces se enviaban al Rin tropas negras de ocupación y los ingleses y americanos presenciaban tranquilamente cómo mujeres alemanas eran violadas por negros. ¿Dónde estaba la solidaridad occidental cuando la Gran Bretaña, en los años siguientes a la guerra, cerró sus colonias y dominios a la inmigración de la superpobladísima Alemania? Todavía en 1927, lo ha presenciado el autor de estas líneas, los inmigrantes alemanes fueron aislados detrás de puertas cerradas con llave en los sótanos del gran edificio de la administración de la Canadian Pacific, de Liverpool, antes de que, por último, fueran hacinados después de larga espera en camiones y transportados en el entrepuente del vapor al Canadá, donde les enviaron en trenes especiales a las provincias del Oeste, para remediar allí la escasez de braceros del campo. Australia y Nueva Zelandia se cerraron por completo a la inmigración alemana, hasta nuestros días, a pesar de que no es posible borrar de la historia de Australia la labor de los colonos alemanes. Nunca hubo en el Imperio inglés una solidaridad europea. Australia no quería ser europea, sino exclusivamente continuar inglesa. Para su mal, logró ambas cosas. Quedó vacía y perdió con ello el derecho de exigir junto a los territorios más densamente poblados de la tierra un "standard material", no justificado por ningún verdadero erfuerzo, sino simplemente por hablarse en ella inglés.

No, si Inglaterra perece hoy, es porque nunca ha dedicado ni siquiera un pensamiento honrado a la solidaridad occidental; cuando ha hablado de ella, antes o ahora, se refería siempre a los intereses británicos. La lucha por una verdadera solidaridad continental se realiza hoy por las potencias que combaten contra el bolchevismo inhumano y especialmente por Alemania; la pugna por la solidaridad de Asia oriental, por la única potencia bastante fuerte para arrojar de Asia a las potencias extrañas a este continente: por el Japón. Si de acuerdo con la tan escarnecida doctrina de Monroe, debe reservarse América a los americanos, Europa y Asia deben serlo respectivamente a los europeos y asiáticos. Sólo así tiene sentido la solidaridad.

A. E. Johann



El jefe del Gobierno portugués, Oliveira Salazar, visita en Lisboa la Exposición de Arte arquitectónico alemán. A su derecha, el ministro plenipotenciario alemán von Hoyningen-Huene y el profesor Albert Speer

El general Ettore Bastico, gobernador general de Libia y jefe de las tropas italianas de Africa del Norte

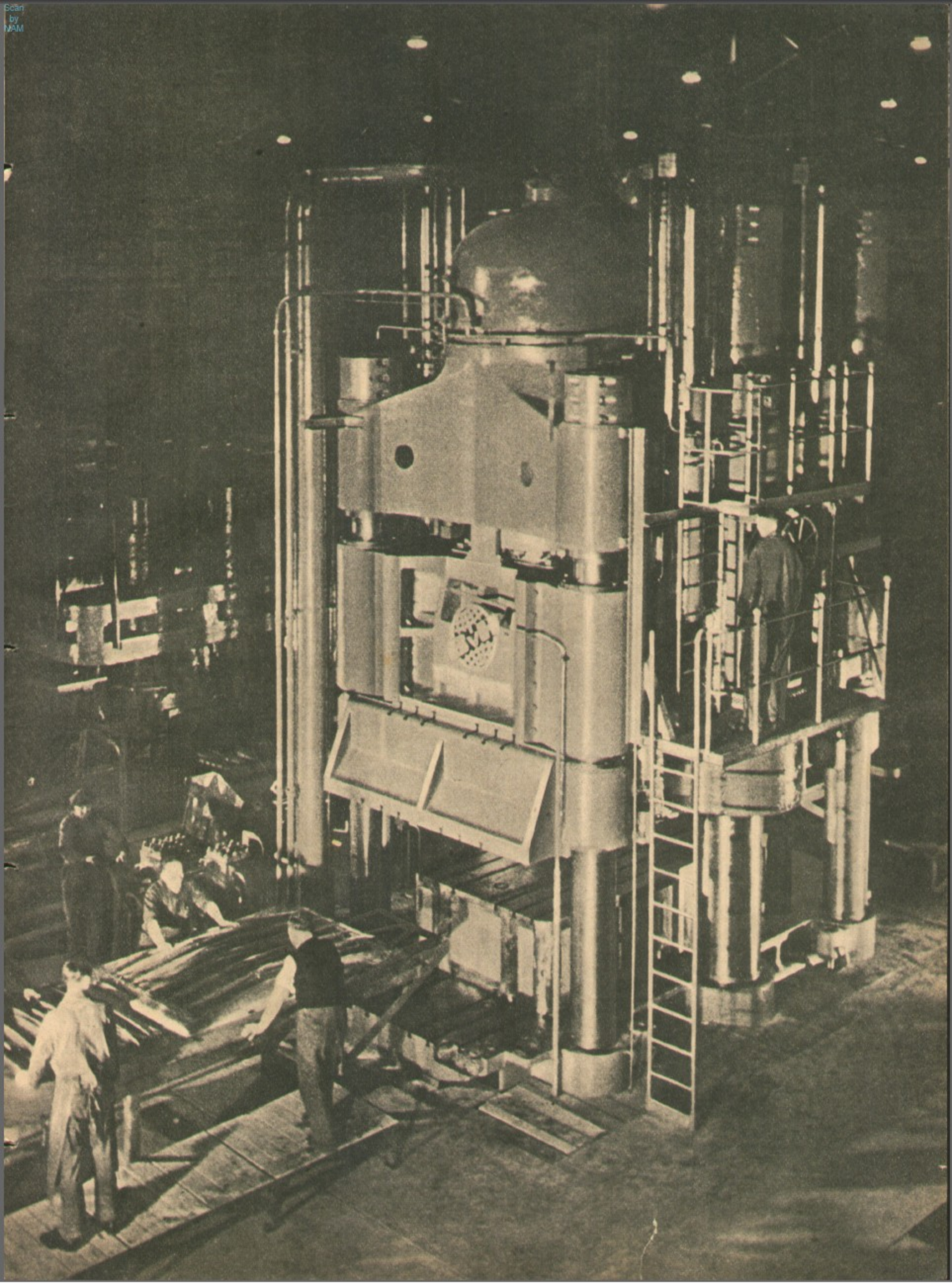
Fotos Leopold Fiedler, Luce-Atlantic

Oficiales de las fuerzas alemanas e italianas de Africa del Norte son invitados por notables árabes a una visita amistosa

EL TITAN DE ACERO. Millones de manos alemanas están puestas a la obra de organizar y aumentar constantemente los armamentos de Alemania. Han recibido ahora un nuevo camarada de trabajo, el más poderoso obrero de armamentos del mundo: una prensa hidráulica de alta presión que, con el ímpetu de un gigante, convierte entre sus manos de acero materias primas sin elaborar en piezas modeladas de aviones. Produce una presión de 8.000 toneladas, que son el peso de 160 coches restaurantes de un tren expreso moderno. Para producir esta presión y poner en movimiento las garras gigantescas son precisos tres motores con un total de 300 CV aproximadamente. Para dar una base segura a esta prensa fueron necesarias largas y penosos trabajos de cimentación, puesto que la prensa misma pesa más de 375 toneladas. Su tamaño — mide más de 9 metros de altura —, exigió la construcción de una nave especial

Foto Henschel-Flugzeugwerke

Scan
by
MAM



Scan
by
NAM

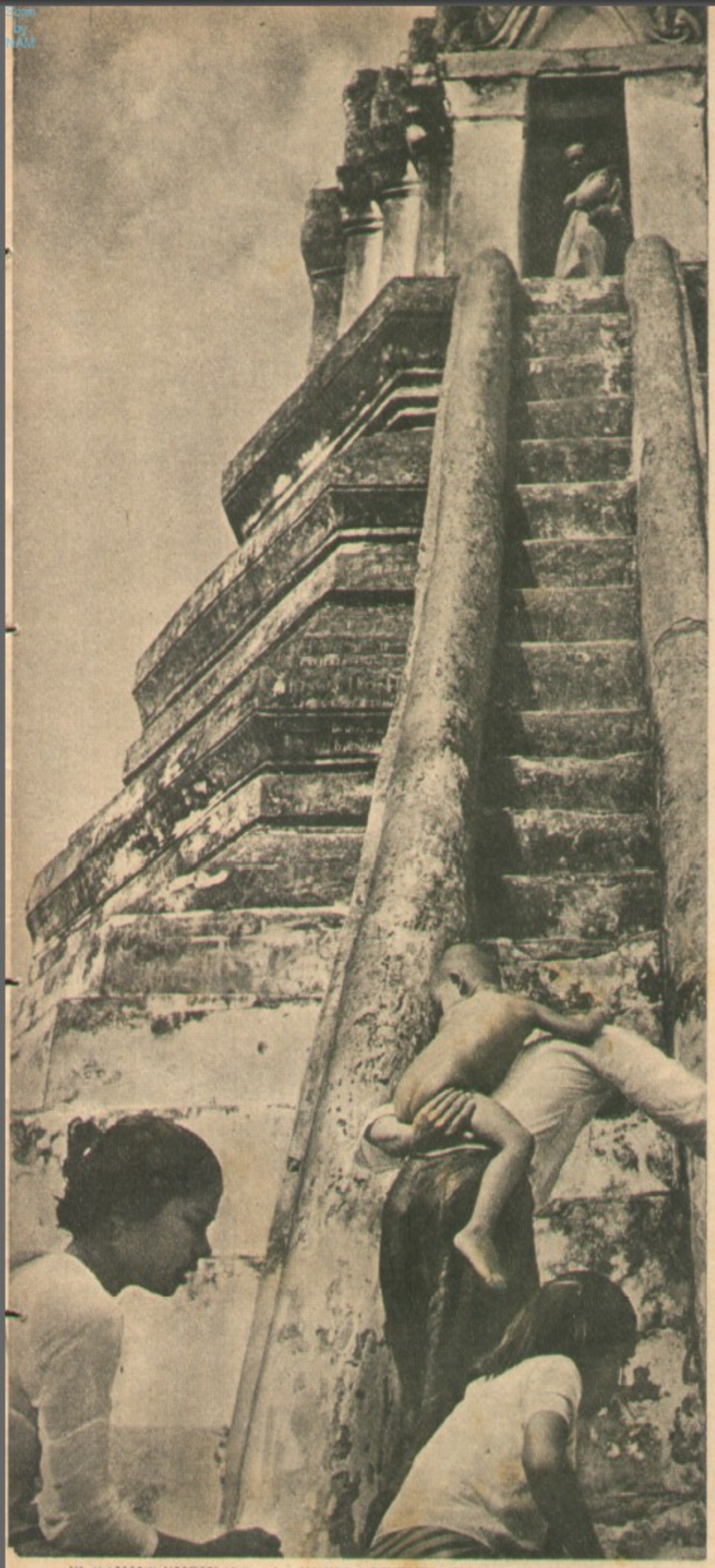
OSCURIDAD DE LA SELVA. Inmensas son las selvas vírgenes de Tailandia. Palmeras y bambúes crecen en confusión absoluta

EN UN TEATRO DE VARIEDADES EN BANGKOK. El arte coreográfico influido por Europa de esta pequeña tailandesa es modesto, pero el cuerpo delicado y flexible, y la impresionante voluptuosidad con que se mueve, cautivan a los espectadores

OFICIALES TAILANDESES. El Ejército ha sido modernizado y armado poderosamente durante los últimos años. Ya en 1939 se empleaba el 25 % del presupuesto total de la Nación para los gastos militares

TAILANDIA

El año 1939 acordaban los siameses cambiar el nombre de su país por "Tailandia", es decir, "país de los libres" y esta resolución es significativa para el carácter consciente de sí mismo y firme de esta nación que es el único pueblo asiático entre el Irán, Afganistán y el Japón que ha logrado librarse



EL CAMINO EMPINADO A LA HUELLA DE BUDA. 115 metros de altura tiene el templo de Nakon Patom. Una minúscula capilla sobre la cumbre cubre la huella sagrada, y sólo pocos creyentes logran subir a la escarpada altura y adorar la reliquia

NIÑOS COMO LA ARENA DEL MAR . . . Los numerosos niños en Tailandia causan continuamente la admiración del europeo. El tailandés ama y cuida con gran efusión a sus niños, que están bien alimentados, son alegres y resistentes

Fotos Leopold Fiedler

de la sumisión a las potencias de Occidente. Hasta 1932 era Siam una de las últimas monarquías absolutas del mundo, siendo regido desde 1782 por los miembros de la dinastía de Chakri. Después sucedió la revolución nacional, el pueblo de los tai asumió al poder y la dinastía fué relegada a segundo término, suave pero enérgicamente. Un príncipe regente, representante del joven rey Ananda Mahidol, lleva los asuntos de un Gobierno que aspira hacer una nación moderna del pueblo tailandés. Una organización juvenil para los dos sexos, la "Yuvatchon" y la "Yuvanari", surge de los fundamentos de un sistema escolar moderno y obligatorio con el propósito de obtener el salto a través de siglos enteros desde un conglomerado estatal oriental-autocrático a una nación del siglo XX. Así Bangkok, la capital, ofrece el aspecto de un municipio de rápida transformación, mientras la clase productora del vasto y fértil país, el cultivador de arroz, sale de la secular profundidad de la reconditez budista para entregarse a las tareas de la civilización y técnica modernas, un proceso que se acelerará con ímpetu por la repentina inclusión de Tailandia en el torbellino de la nueva guerra mundial.

Campeonatos internacionales europeos

"Signal" informa sobre el fútbol en tiempos de guerra

El balón es el mejor intérprete. Así defendió en su época un periodista al equipo futbolístico continental, de varios idiomas, contra la imputación de que uno no se entendería en este conglomerado artificial, donde casi cada uno sólo habla su lengua materna. En 1938 la FIFA, la Federación internacional de Fútbol, fué la primera en unir deportivamente, por decirlo así al Continente, con la formación de este once europeo. Italianos actuaban junto a alemanes, franceses junto a húngaros, noruegos, belgas; sólo la guerra civil impidió a los españoles enviar sus ases futbolísticos.

El balón era realmente el mejor intérprete. Esto puede aplicarse también en sentido figurado. La idea del deporte surgió durante la última guerra mundial. Los partidos internacionales se hubieran considerado entonces como un entretenimiento. Pero en la actual conflagración de pueblos, el deporte cumple su apostolado como creador de amistad. Cuando el equipo alemán viajó durante la primavera de 1941 a través de Suiza, había oscuras figuras que antes del partido cuchicheaban de protestas y demostraciones. Casi nunca se acogió a los jugadores alemanes con aplausos tan calurosos como aquel día de abril en el bello estadio de Berna. Alemania perdió; Suiza venció al alegre ritmo del apasionado grito "Hop Schwyz! Hop Schwyz!" Pero la rebosante alegría no hizo apartar la vista a los berneses de las bellezas del juego alemán; a menudo estallaban aplausos en medio del partido por los excelentes pases de Walter, Kupfer, Hahnemann, Janes... El equipo alemán experimentó el mismo cuadro de confraternidad futbolística con los muchos miles de europeos durante el otoño de 1941 en Estocolmo. Cuando el árbitro danés se equivocó una vez a favor de los suecos, silbaron los espectadores y exigieron indignados que se hiciera justicia a los huéspedes. Ruidosos aplausos nos consolaron por la derrota contra un adversario evidentemente superior, magnífico en sus pases y de juego rápido. El próximo día un periódico señalaba en grandes titulares: "El fútbol más bello que se ha visto hasta ahora en Rasunda."

Personas pusilánimes opinan a menudo que los grandes Estados no deben dejarse derrotar por los pequeños en el fútbol. ¿Debería vencer entonces la China a todos los rivales? No, esto es precisamente lo que da a los partidos internacionales su eterno atractivo y ahora más que nunca durante la guerra: no es la fuerza exterior, sino el valor interior del juego el que los decide. La pequeña Suiza, cuyos habitantes cabrían en Berlín, se coronó en 1939 campeón europeo inoficial, sin ser derrotada en una docena de encuentros. En 1941 Dinamarca acogía con júbilo a sus invictos futbolistas. Derrotaron a la misma Suecia, que había vencido poco antes a Alemania, pero después de la inmediata prueba celebrada en Dresde con e poderoso vecino regresaba con un 1 : 1. Los daneses de cierta edad se sintieron trasladados a las épocas de hace unos 30 ó 40 años, cuando Dinamarca era la primera gran potencia futbolística del Continente. Las naciones pequeñas pueden ser grandes en el deporte: si los alemanes o los italianos pierden contra los húngaros en el fútbol, esto no parece extraño al conocedor. Los entrenadores húngaros enseñan fútbol en todo el Globo terrestre. Y cuando el equipo nacional alemán logró derrotar a estos magos del balón por 7 a 0 en la primavera de 1941, muchos creyeron en el extranjero que sería una errata de imprenta.

El fútbol tiene sus leyes especiales en Europa. ¿No se debería considerar a los espectadores de Italia, España, Portugal y de los Balcanes por los más apasionados del antiguo mundo? ¿Es que los concurrentes del riguroso Norte de nuestro Continente no reaccionan fríamente, con pocas palabras y pulso apenas acelerado a las emociones de un partido internacional? Apostamos a que un pacífico huésped paracaidista que desde el cielo ignoto descendiera en medio de un partido internacional en Estocolmo o en Roma, en Barcelona o en Copenhague, no podría distinguir materialmente el idioma de los alaridos que le recibiesen... Estocolmo incluso mantiene indiscutiblemente un record: en ninguna parte de Europa se organizan coros de voces tan disciplinados y resonantes como allí. Tienen sus propios compositores, armados de un megáfono. El mayor club de Estocolmo dispone de su propia orquesta que goza de gran prestigio; célebres tenores entretienen a los impacientes y febriles espectadores. En Italia no hemos visto actuar todavía a ningún cantante en el campo de fútbol.

Los escandinavos son buenos mozos, pero los héroes futbolísticos de Escandinavia de 1941 eran liliputienses. El "peque" Garvis Carlsson marcó tres de los cuatro goles contra Alemania. (4 : 2) en lucha cuerpo a cuerpo con Kupfer, que tal vez sea el mejor extremo del mundo. El enano danés Kai Hansen, que apenas llegaba a los hombros del portero alemán, fué el que más preocupó a los espectadores y jugadores alemanes en Dresde. El delantero centro más celebrado de Italia continúa siéndolo como desde hace muchos años el romano Piola, alto como un árbol.

El equipo alemán se presentó durante 1940 y 1941 en encuentros internacionales más a menudo que en muchos años de paz. Venció con mayor frecuencia que en más de una época de tranquilidad. Con especial alegría los nuevos Estados de Eslovaquia y Croacia manifestaron su agradecimiento al Reich por haber sido incluídos también deportivamente en la comunidad europea. Llenos de orgullo enviaron sus jóvenes unidades a Breslau (0 : 4) y Viena (1 : 5). Los resultados no nos parecen aquí de importancia simbólica. Lejos de una propaganda barata testimoniaron antes bien a los Estados futbolísticos activos de Europa que en sus países continúa latiendo la vida deportiva hasta en las más pequeñas células de las asociaciones pueblerinas, bajo la protección de las fuerzas armadas aliadas. Con la vida de España vuelve a florecer también su famoso fútbol.

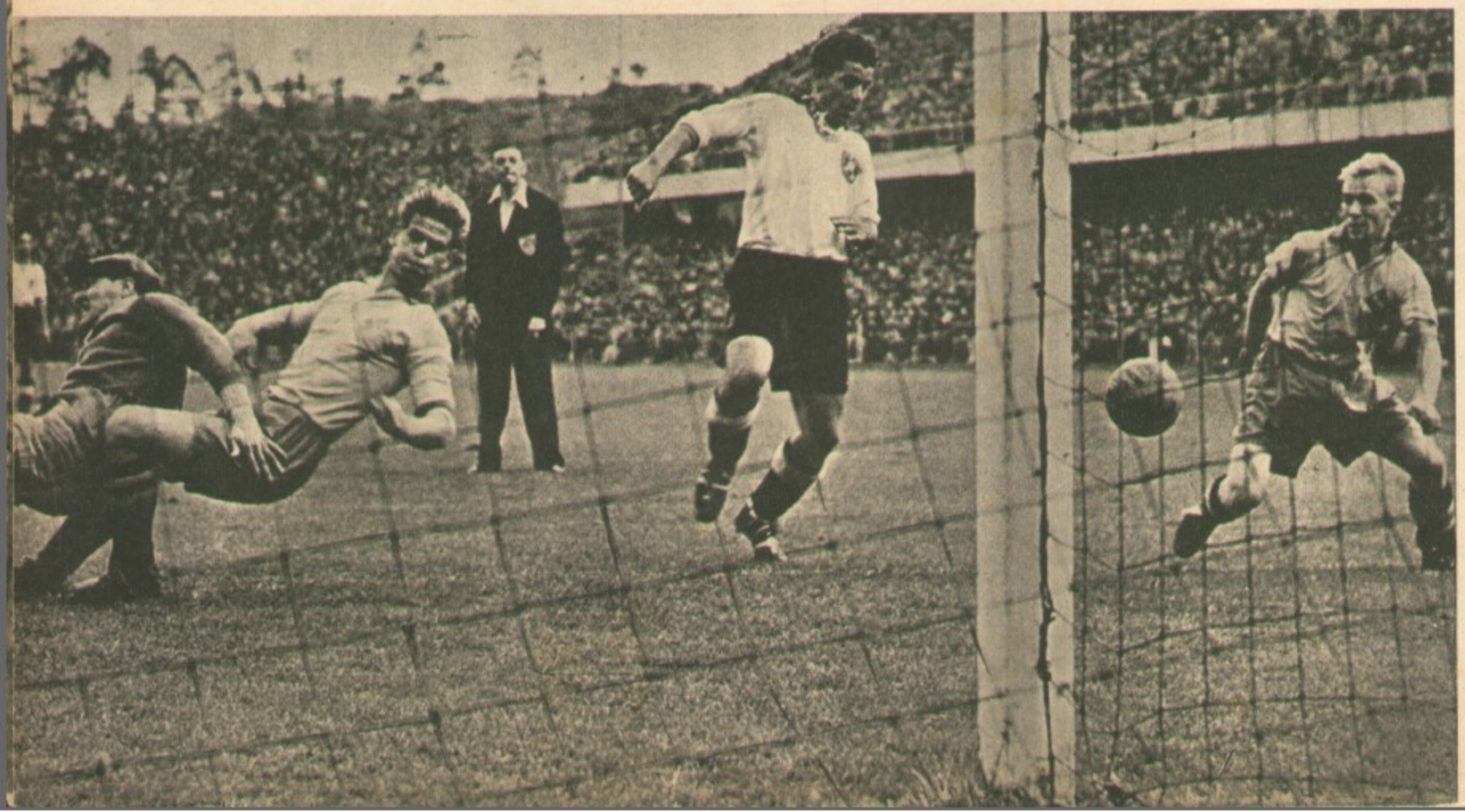
En la primavera de 1941 se preguntó el mundo profesional: ¿No es incluso más fuerte que antes el equipo alemán con su "empuje"? Tanto más gloriosos se sienten los éxitos que sus adversarios obtuvieron en concurso abierto de las naciones. Y actualmente se prepara un importante programa de partidos internacionales europeos para la temporada 1942.

Dr. Friedebert Becker

El dominio del balón y del cuerpo durante el partido Suiza-Alemania, celebrado el 20 de abril de 1941

A la derecha, el "peque" sueco Garvis Carlsson, durante el partido Suecia-Alemania jugado en Estocolmo el 5 de octubre de 1941. El nuevo astro en el firmamento futbolístico europeo marcó en dicho encuentro tres goles

Fotos Schirmer (2)



Scan
by
NAM

Rojo, Verde y Amarillo

Los lapones son aficionados a los colores

Los lapones de Suecia septentrional sienten entusiasmo por lo multicolor. Ningún gorro lapón que se precie en algo carece de la gran borla de lana roja y ninguna chaqueta verde, de los flecos amarillos y rojos que frecuentemente aparecen también en las polainas. Y además ¡un mantón policromado! Rojo, verde y amarillo relumbran sobre las sencillas, pero confortables pieles de reno. De rojo, verde y amarillo realza el hombre del Extremo Norte la blanca monotonía de su invierno y el verde grisáceo de su verano. El rojo, el verde y amarillo son su alegría

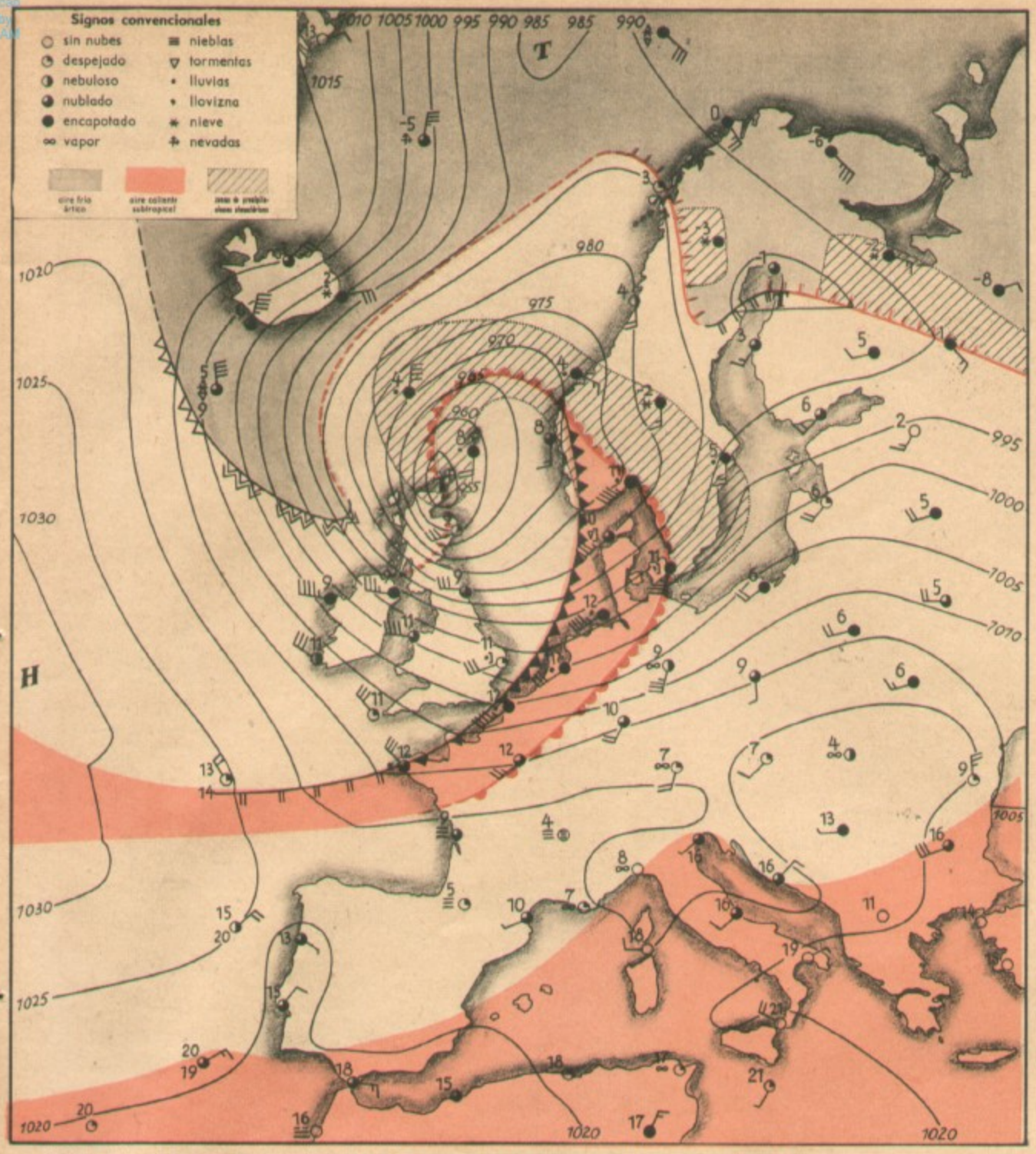
Un rostro austero y unos vivos colores: La lucha por la vida es difícil para los lapones, pero en ellos triunfa la alegría de vivir

Fotos Algard, Estocolmo

Un huésped del Sur es siempre bienvenido al hogar lapón. Esto merece ser fotografiado

Una "ola de depresión atmosférica" se aproxima desde Islandia

En la otra página, el mapa del Servicio Meteorológico del Reich muestra el estado de la atmósfera el día 19 de octubre de 1935 según el lenguaje convenido por los meteorologistas. Aquí han sido traducidas plásticamente todas estas señales y se ve lo siguiente: Sobre las islas Shetland se levanta una ola de depresión atmosférica que descarga sus aguaceros y nevadas en el Mar del Norte y Escandinavia. Mientras Europa meridional y el Mar Mediterráneo tienen todavía tiempo caluroso de verano, comienza ya a introducirse el invierno en la Europa septentrional con el frío y las nevadas



MAPA DEL SERVICIO METEOROLÓGICO DEL REICH, CORRESPONDIENTE AL 19 OCTUBRE DE 1935. Las cifras inscritas al lado de cada localidad señalan la temperatura en grados Celsius; las flechas, la dirección del viento; las plumas en el asta de las flechas, la fuerza del viento. Por ejemplo, en el Canal domina un viento de novena fuerza (66-77 kilómetros por hora). Las localidades con igual presión atmosférica están unidas por gruesas líneas isobáricas. En este mapa meteorológico se incluyen unas 12.000 observaciones aisladas comunicadas por unos 500 observatorios europeos. Todo lo digno de saberse sobre el estado del tiempo lo deduce el meteorologista de este mapa, al que para mejor comprensión hemos dado forma de vulgarización en el de color situado a la izquierda

Condiciones atmosféricas de Europa

Europa es rica y en lo sucesivo será más rica todavía; pero su riqueza no deberá ser nunca destinada a hacer que sus tesoros se disipen, y a que la vida, la salud y el bienestar de sus 500 millones de habitantes queden abandonados pasivamente a la acción del tiempo. Deberá proteger sus barcos y aviones de transporte contra las sorpresas de la tormenta o de la niebla, del mismo modo que protege la vida de los pescadores noruegos de arenque o los pescadores alemanes de ballena. Se trata de proteger los trigales de Ucrania o la ganadería de las marismas septentrionales de Alemania, las cepas de Francia, los viñedos del Rin, del Main y del Danubio, las huertas de Holanda, los frutales del Suroeste alemán contra las heladas destructoras, las plantaciones de tabaco macedónicas y griegas o los naranjales de Italia contra el peligro del mal tiempo, así como a nuestros mineros, de la muerte por el grisú que expelen las rocas por una depresión repentina del aire.

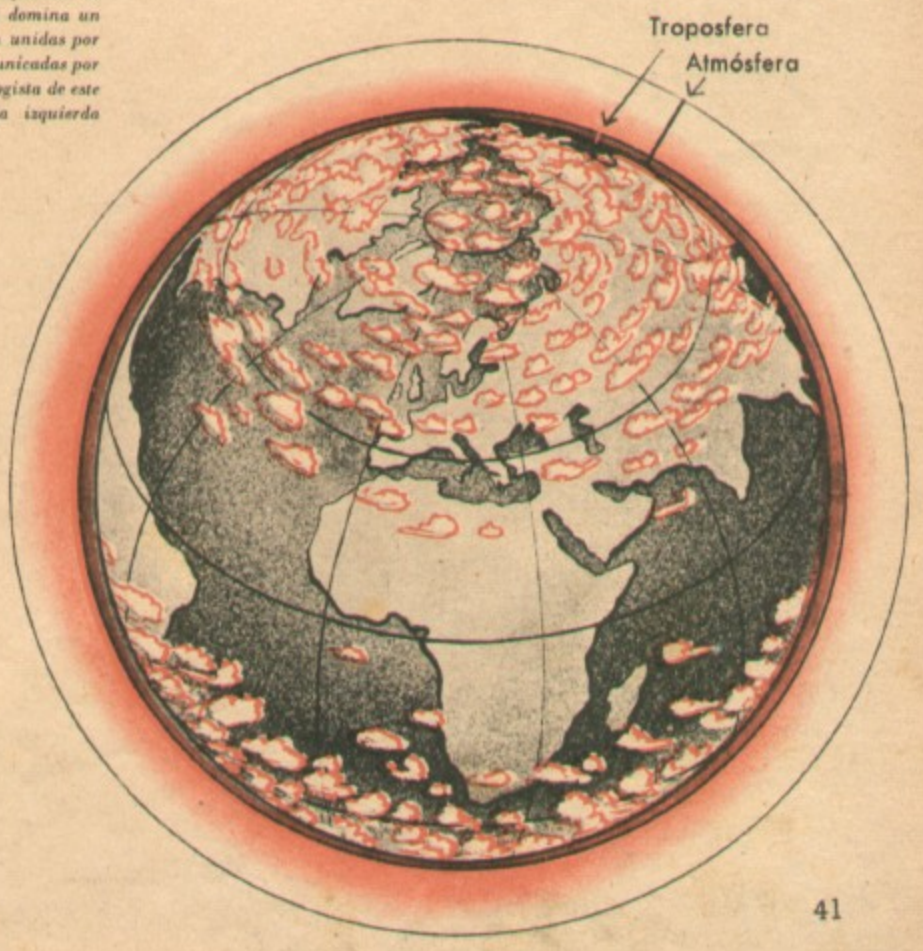
He aquí un deber para Europa: desarrollar aún más los servicios meteorológicos, estrechándo las mallas de su red de observadores, para que sean conocidos oportunamente los cambios de tiempo próximos y pueda prevenirse igualmente a las zonas amenazadas.

LA ATMÓSFERA DE LA ESFERA TERRESTRE. El espacio atmosférico en el que se pueden observar rastros de aire alcanza un espesor de doce a quince mil metros, mientras que la troposfera, en la que se forman las nubes y probablemente las variaciones del tiempo, sólo alcanza sobre el ecuador la altura de 17 a 18 kilómetros, sobre nuestra latitud en Europa de 10 a 11 kilómetros y sobre los polos solamente de 7 a 9 kilómetros; después viene la estratosfera y a los 100 o a veces 200 kilómetros de altitud la ionoesfera

Sabios alemanes e italianos fueron los primeros que hace siglo y medio reconocieron este deber europeo y trataron realmente de llevarlo a efecto. La Accademia del Cimento en Florencia hizo efectuar observaciones meteorológicas al mismo tiempo en diferentes lugares en Italia y en Innsbruck, Osnabrück y Varsovia; la Pfälzische Meteorologische Gesellschaft de Mannheim fundada en 1780 distribuyó instrumentos minuciosamente comprobados a 39 centros de observación del tiempo, repartidos por casi todos los países europeos. Sólo Inglaterra se negó a ello.

Fué un sabio alemán, Alejandro von Humboldt, quien trazó en 1817 el primer mapa de la distribución del calor en la Tierra y el primero que luchó en todas partes y con toda la influencia de su fama mundial para que los Estados se hiciesen cargo de la investigación meteorológica. Al mismo tiempo el físico alemán Brandes trazaba en Breslau el primer mapa isobárico, en el cual los lugares con igual presión atmosférica quedaban unidos por líneas que aún hoy siguen usándose en los mapas meteorológicos. El meteorologista Mahlmann propuso en 1842 por vez primera que se pusiera al servicio de los pronósticos de tiempo y de los avisos de tormenta el telégrafo eléctrico entonces recientemente descubierto.

Mientras que las comunicaciones entre los hombres y los avisos de tormentas y temporales, de granizadas y olas de frío se transmitiesen a paso de tortuga, ningún pronóstico sobre el tiempo científicamente fundamentado podría ser de utilidad. Los temporales se mueven sobre el Continente usualmente a una velocidad de 30 a 50 kilómetros por hora; pero se han observado ciclones que avanzaban por hora 100 y más kilómetros. Así pues hubo que descubrir la fuerza maravillosa de la electricidad y sujetarla a las riendas de la técnica antes de que fuesen posibles y prácticos los servicios meteorológicos de pronóstico y previsión. Ahora la onda eléctrica con su velocidad de



Scan by NAM

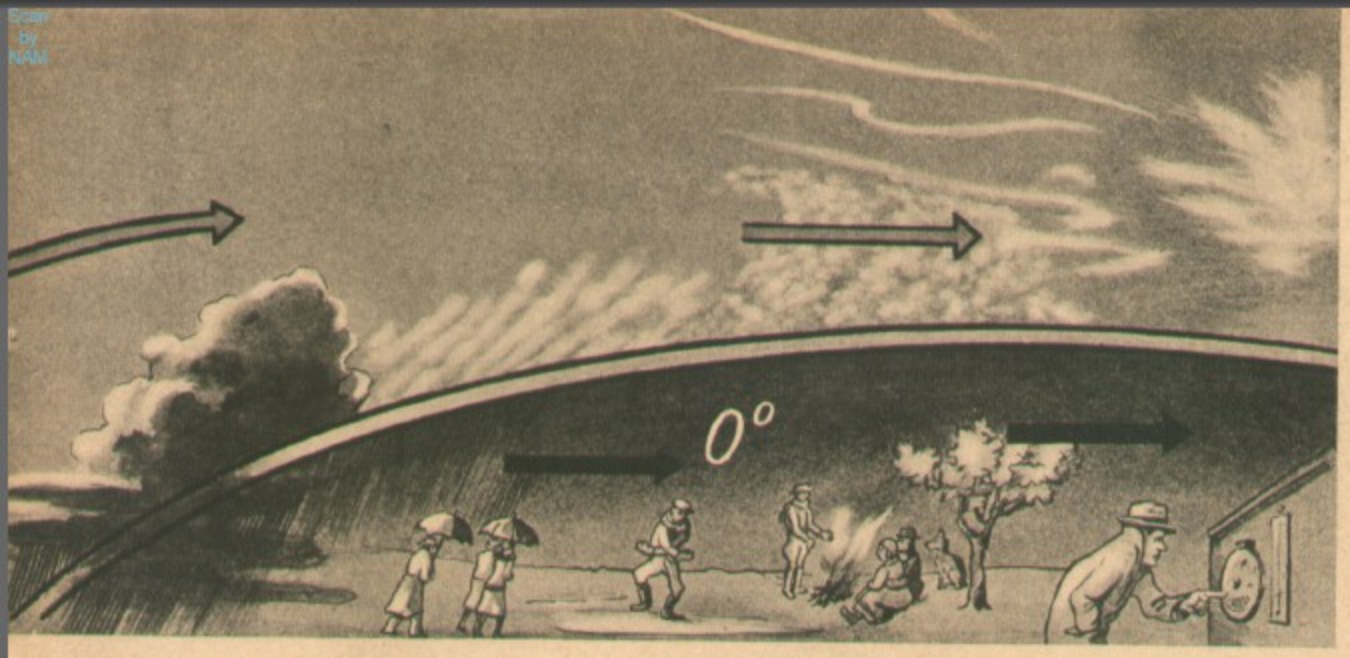
ENTRE DOS TEMPORALES DE ABRIL. Una perturbación atmosférica, un "ciclón", atraviesa Europa de Oeste a Este por lo que el mapa ha de leerse en sentido contrario. Aparecen muy altas unas nubecillas ligeras, que aumentan, se espesan y llegan a cerrarse, formando un techo de nubes que se acerca más y más a la Tierra y se hace a cada instante más pesado y oscuro: empieza a llover larga y copiosamente en un diámetro de 300 kilómetros. Por fin cesa: hace más calor, el sol aparece entre las nubes, el cielo está de nuevo azul y quedan relumbrantes dos nubes de buen tiempo. Al día siguiente se forma una oscura cortina de nubes muy elevada. Se producen ráfagas de viento, semejantes a latigazos, y aguaceros; aumenta el frío y casi inmediamente cesa de llover; el cielo se torna claro y se ha impuesto el frío. Tal es el típico proceso evolutivo de un ciclón, una zona de depresión atmosférica con facetas de frío y calor

300.000 kilómetros por segundo se adelanta a los más fuertes temporales y a las más rápidas tormentas. Una vez descubiertos el telégrafo y la radiotelegrafía, la radiotelefonía y la radiotelevisión, ha podido el servicio meteorológico prevenir a Europa de los daños que la amenazaban y protegerla contra toda sorpresa.

A Francia le corresponde el honor de haber sido el primer país europeo que crease un servicio meteorológico regular. Fué la guerra de Crimea la que dió ocasión para ello. Durante una tormenta en el Golfo de Balaklava se hundió en 1854 el barco de guerra francés "Henri IV" por no haber sido prevenido a tiempo. A partir del año siguiente se editó diariamente a las 10 de la mañana un mapa meteorológico para toda Francia, en el que ya constaban las observaciones hechas desde la madrugada. Cinco años más tarde se creó en Holanda el primer servicio de prevención de tormentas para la navegación. En 1868 se fundó el Observatorio Marítimo Alemán que publicó el primer mapa meteorológico del Atlántico. Las expediciones polares alemanas, danesas y noruegas, los atrevidos vuelos de altura del observatorio Lindenberg, el vuelo al Polo de la aeronave Zeppelin, de la que formó parte el meteorologista ruso Moltchanoff, la expedición del barco alemán "Meteor", el fracasado vuelo al Polo del general italiano Nobile, la valiente ascensión a la estratosfera del belga Piccard, las investigaciones del noruego Bjerknes durante sus estudios de muchos años en Leipzig, la expedición al Himalaya por los alpinistas alemanes, han servido, todos ellos, en mayor o meno grado para el estudio de los factores meteorológicos y han aumentado paulatinamente nuestros conocimientos sobre los fenómenos atmosféricos.

Entre los precursores de la meteorología apenas aparece el nombre de algún inglés. Es cierto que en la exposición universal de Londres en 1851 podían los visitantes adquirir por un penique un mapa meteorológico publicado diariamente de acuerdo con las informaciones telegráficas de 22 estaciones. Pero en un congreso de meteorologistas en Friedrichshafen, declaró el delegado británico con sonrisa imperturbable que los ingleses probablemente preferirían renunciar a participar en el servicio meteorológico europeo y a abandonar su tradición de medir la temperatura en grados Fahrenheit. Hacía largo tiempo que los pueblos europeos habían adoptado la división centesimal del termómetro y que en las informaciones meteorológicas se daba

Suave y
brillante
como la seda es la punta
de toda pluma
Kaweco
Por eso se desliza la Kaweco
como una pluma sobre el papel
Las últimas novedades Kaweco le serán presentadas en todo buen establecimiento



la temperatura en centígrados, con la única excepción de los ingleses. Porque también en el terreno meteorológico se encerraba Inglaterra en su "splendid isolation", de la misma manera que se oponía tozudamente a los convenios europeos de comunicaciones ferroviarias y aéreas. Aún hoy sigue midiendo la presión atmosférica por pulgadas inglesas y la fuerza del viento por millas inglesas. Cuando hace decenas de años se intentó fijar determinadas horas para las observaciones meteorológicas en toda Europa y para comunicar los partes de la mañana, del mediodía y de la tarde, fué de nuevo Inglaterra quien se negó a aceptar la decisión de la Conferencia Meteorológica Europea, fundándose en que la lectura de los instrumentos a las dos de la tarde "no estaba de acuerdo con sus costumbres habituales"... De esa misma manera no correspondía a sus costumbres habituales, hasta ahora, reconocer a Europa y sus pueblos como iguales a ella en el mundo; de la misma manera que siempre, al pensar en los europeos, los consideró como complacientes vasallos y los trató despectivamente de "continentales"...

Pero Europa ha podido crear un servicio meteorológico sin necesidad de la labor precursora inglesa. Más de mil observatorios se han creado hasta 1939 en territorio europeo. Solamente a Alemania correspondían más de ciento, aparte de que en 6.000 localidades se registraron datos diarios sobre fenómenos meteorológicos. Francia disponía de 70 observatorios. A Italia, Noruega y Suecia correspondían 50 a cada uno, a España, 30, a Portugal y sus islas atlánticas, 20. Dinamarca y Turquía, Finlandia y Rumania, Holanda y Hungría, Bélgica y Bulgaria, Suiza y Grecia, se han preocupado por medio de sus observatorios meteorológicos por obtener una fructífera colaboración europea.

Incluso los soviets, que temerosamente mantenían cerradas sus ventanas hacia el Oeste, parecieron querer dejar abierta una mirilla, una diminuta claraboya, que permitiera al menos mirar al cielo y extender la vista por Europa... Las estaciones meteorológicas soviéticas — 200 hasta el Ural con el observatorio polar en Cabo Wunsch — comunicaban sus observaciones a Europa; tal vez no lo hicieran gustosamente, pero en las comisiones europeas y en las conferencias tenían también los soviets meteorologistas que los representaban.

Hasta que en junio de 1939 se reunieron en Berlín, para celebrar un congreso, meteorologistas de todas las partes del mundo. Llegaron investigadores japoneses, americanos, australianos y africanos; se hallaban representadas todas las naciones europeas pero los delegados soviéticos no comparecieron: Moltchanoff comunicó desde Leningrado que sentía no poder saludar a sus colegas europeos mas que desgraciadamente su presencia en Rusia era imprescindible. En una segunda carta proponía el servicio de hidrografía y meteorología de la URSS que los meteorologistas F. y W. fuesen borrados de la lista de miembros por haber dejado de pertenecer a dicho servicio ... Y durante el congreso dió a conocer el meteorologista suizo Lugeon que había tratado repetidamente de relacionarse con un miembro de la comisión, el ruso P., pero que todos los intentos efectuados habían fracasado. Así pues los soviets habían cerrado este último tragaluz. En cuanto al destino de aquellos hombres que indiscretamente habían alargado la cabeza para mirar hacia Europa, no puede dudarse después de lo que los soldados alemanes han visto y experimentado en Rusia .. A las diez semanas de celebrado este congreso, arrojó Londres la antorcha de la guerra sobre el Continente europeo. Los servicios públicos de meteorología hubieron de ser forzosamente suspendidos. Cuánto fué lo hasta entonces conseguido, lo que realizan los meteorologistas en esta guerra y sobre todo la enorme y fructífera tarea que les espera en la Nueva Europa, será objeto de una segunda información.

Ludwig Kapeller

SIEMENS

75 años de dínamos

Después que Werner Siemens había descubierto ya en 1866 el principio dinamoeléctrico, elevó un informe el 17 de enero de 1867 a la Academia de Ciencias en Berlín. En este informe hacía resaltar que la técnica había obtenido con ello el medio para producir corrientes eléctricas a la intensidad deseada. Desde entonces los rendimientos exigidos han aumentado realmente en lo fabuloso. En la actualidad las fábricas Siemens están a punto de terminar los 4 mayores generadores hidráulicos que han sido construídos en Europa, cada uno de los cuales tiene un rendimiento de 100.000 kVA.

1866
La primera dínamo de Werner Siemens 27 vatios de rendimiento

1941
El mayor generador hidráulico construído en Europa 100.000 kVA de rendimiento

SIEMENS & HALSKE AG · SIEMENS-SCHUCKERTWERKE AG
BERLIN-SIEMENSSTADT

"¡Bah! ¿Qué le podría prohibir? Antes, cuando aún había tabaco y alcohol, era fácil ponerle a régimen..."

"¡¡¡Farsante!!!"

"Tome usted hoy dos granos..."

Sobre la barra de carmín y el alcohol, el tabaco, las medias y otras cosas bellas

¡Orgullo posesional! (Todavía tiene acopio de barras de carmín)

Dibujos v. Malachowski

"El agua alcanforada le irritaría demasiado la tez, señora, es preferible que tome para la cara nuestra mezcla suave de agua de lluvia..."

"Tome usted hoy dos granos, Matilde, quisiera beber un 'café exprés'..."

"¿Cómo, otra vez papel higiénico? Pero si la semana pasada le acabo de dar un rollo..."

"¡Este año sólo recibiréis una muñeca viva de regalo!"

¿SERÍA MENOS ENCANTADORA...

...si no llevara un nido en la cabeza...

...si dejase de fumar...

...si no se pintase a cada instante los labios...

si no tuviera cuidado continuamente de los puntos de las medias...

...o si se quitase la mala costumbre de tomar cocktails?...

¿ES DE VERAS NECESARIO...

...hacerse 6 vestidos al año y no tener que ponerse...

...llevar imprescindiblemente pantalones (que no sientan bien a todas las mujeres)

...llegar en auto y siempre tarde a las citas...?

¡No! Aun cuando venga a pie — pero a pesar de todo la esperamos con impaciencia...

...y hoy, que carece de tanto, nos parece más encantadora que nunca!

Continuación de la página 33

Por atajos o con rodeos

quedase sóla a esta hora tardía con la grosera plebe.

Seguían a la vieja pareja tres hombres de uniforme.

Uno de ellos, un oficial a juzgar por los galones, declaró ásperamente cual era su misión y que debía, después del registro iniciado en los cuartos inferiores, continuarlo por todos los ámbitos del edificio, pues se ocultaba en él un malhechor fugitivo, a no ser que entretanto se lo hubiera tragado la tierra. Como señora viuda, era la única responsable en el palacio y podía ahorrarse molestias y gravosos gastos si lo entregaba sin demora al brazo de la justicia y a una sanción justa, en caso de que lo ocultara en su casa por una compasión mal entendida.

"Nunca ocultaría en mi casa a un criminal", dijo la dama, y sólo entonces separó, sonriendo, la mirada de su libro. "¿Y cómo podía haber llegado aquí? Pero cumplan con su deber. La servidumbre les acompañará."

Cuando estuvo otra vez sola, dejó caer el libro y cerró de nuevo los ojos. Todavía tenía la sonrisa en los labios.

"¡Volker!", pensó, "¡Volker, Volker!"

Su aliento cantaba su nombre.

Oía a los hombres, tan pronto cerca como lejos, hacer ruido y registrar. Lo hacían despacio; cumplían escrupulosamente su tarea. La mujer se sentó enteramente tranquila. Su tensión la mantenía como en un agua salada donde no se va al fondo.

Después de un plazo que difícilmente podía apreciar si había sido corto o largo o si pasó con lentitud o rapidez, se hicieron otra vez perceptibles numerosos pasos en el vestíbulo situado ante su cuarto. Llamaron a su puerta dedos rudos y aparecieron delante de los dos ancianos los esbirros, que volvieron a mirar desconfiadamente en torno suyo. Uno golpeó como por distracción, a su derecha, contra la curva de la pared de madera.

Sonó a hueco; evidentemente, había detrás sitio como para ocultar a alguien.

El de los galones perdió la paciencia e increpó al hombre que había golpeado.

¡Claro que sonaba a hueco! ¡Comó que detrás, del mismo modo que en las cuatro esquinas, había hueco! La madera estaba redondeada y los muros rectos, de modo que quedaba una cavidad. ¡Cómo iba a penetrarse en la madera sin ser un espíritu!

"La dama nos mostrará el escondrijo", tronó, "si sabe que alberga en su casa al asesino de su hijo..." La mujer sufrió un sobresalto. Una mano invisible le había golpeado.

Se agarró a los brazos del sillón. Su rostro estaba exangüe. Si se hubiera erguido, se hubiese desplomado. Los dos ancianos corrieron hacia ella. Les apartó amablemente, se levantó y quedó en pie sin vacilar.

"Lamento...", dijo friamente y despidió a los presentes con una seña de la mano. Los hombres saludaron militarmente. Todo se desarrolló sin palabras, pero el anciano surgió una vez más no mucho después, entre la puerta y la cortina, y preguntó a su señora si deseaba algo.

No tenía ningún deseo. No, gracias. Sólo tenía que arreglar el fuego, consumido entretanto y a punto de apagarse.

El anciano se marchó después de avivar el fuego. Los haces de leña chisporrotearon y crepitaron. Los tizones crujieron bajo las llamas.

Volker lo oyó en la cámara.

Paseaba sin cesar entre los trajes que se balanceaban en sus perchas, dando tres pasos en cada dirección. Tanteó la madera desde adentro en el lugar donde estaba cortada por una abertura. Encontró un resorte secreto y lo oprimió.

La mujer permanecía erguida en medio del cuarto.

Lenta, muy lentamente, se dirigió hacia ella, esperando a que se moviera, a que alzase hasta él la vista.

Cayó de rodillas junto a ella.

"Esta noche han matado a tiros a mi hijo Harald", dijo, colocándole su mano sobre los cabellos. "En adelante, tú tendrás que ser un hijo para mí."

Ilustraciones Hanna Nagel

Anécdotas

El Rey se muestra agradecido

A un banquete dado por Federico el Grande concurrió también el coronel de Forcade que había sufrido una grave herida en la batalla de Kesselsdorf, quedando desde entonces con un pie entumecido. Cuando el Rey le vió de pie en un grupo de oficiales, le llevó una silla, pronunciando las palabras siguientes: "Me ha ofrecido su salud y por lo tanto su Rey puede ofrecerle muy bien una silla."

El violín continente Paganini consideraba molesto tener que tocar algo siempre que era invitado a comer. Tan pronto como algún anfitrión le rogaba: "¡No olvide su violín!", solía contestar:

"Mi violín no tiene costumbre de comer fuera."

Navegantes Durante un viaje de prácticas a bordo de un buque escuela inglés los cadetes tuvieron que calcular una vez la exacta situación del barco según el grado de longitud y latitud. No se veía nada más que el cielo y el agua. El oficial de derrota ordenó a uno de los cadetes después de examinar los resultados: "¡Quítese la gorra! Según su cálculo se halla usted en medio de la abadía de Westminster."

Pequeño rodeo En la ciudad búlgara de Gabrovo un vecino vió a otro parado en la calle a una temperatura de 30° bajo cero y quiso saber si esperaba a alguien. "¡Acertado!", respondió el interpelado. "Se me ha roto aquí mi cántaro de vino y cuando éste se haya helado, lo llevaré a casa."

Gratuitamente y sin compromiso enviamos gustosos el interesante libro, con ilustraciones en color, «La lucha contra el dolor». Pídalo usted de la fábrica Togal Lugano (Suiza) o de Togalwerk Munich 8 (Alemania)

Scan by NAM

Patachón sin Pat

Fotos Bärbara Lüdecke, Brinckmann & Co

PARECIAN INSEPARABLES. Por una casualidad, el largo maestro Schenström conoció hace más de tres lustros en Copenhague al pequeño "clown" Madsen. Acordaron convertirse en pareja "cómica" y, bajo el nombre de "Pat y Patachón", los dos daneses han movido intensamente en innumerables películas los músculos risorios de millones de personas y través de muchos años en Europa entera

PATACHON ESTA AHORA SOLO. El pequeño y gordo Patachón ha vuelto a su antiguo amor, el circo, en concepto de "clown" y propietario. Pero siempre necesita alguien a su lado, aun cuando sólo sea un joven león marino...

...O UN "PONY". Cuanto más joven tanto mejor, sea persona o animal. Y no importa que su público, los niños, no sepan lo famoso que el tío Madsen fuera antes en todo el mundo, junto con el viejo Pat

Signal núm. 3 — 3er año — 1er número de febrero de 1942 — Se publica cada 14 días / Director: Wilhelm Reetz, subdirector: Hugo Mösslang / Edición: Deutscher Verlag, Kochstrasse 22-26, Berlin SW 68
Reservados todos los derechos / All rights reserved

MAUSER

Armas para caza,
deporte y defensa
Instrumentos de medida
Máquinas de
calcular y sumar

MAUSER

MAUSER-WERKE AG OBERNDORF / NECKAR

F. OLLERICH

Signal

Submarinistas luchan a 750 metros sobre el nivel del mar

Batalla de bolas de nieve en un hogar de reposo de la Marina de Guerra alemana en las Montañas Gigantes

Foto PK. Wagner